Rubí

R

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA

DE

D. JOSE GARCIA DE SOLIS.

NO SE VENGA QUIEN BIEN AMA.

8 rs.

N.º 73.

MADRID:

Librería de la Viuda é hijos de D. José Cuesta, Carretas, número 9.

Librería de Moya y Plaza, sucesores de Matute, Carretas, n.º 8.

SALAMANCA: ESTAB. TIP. DEL HOSPICIO.

CATALOGO *de las obras dramáticas de lapropiedad del* CÍRCU TERARIO COMERCIAL.

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

La Batalla de Lepanto.
Frutos amargos.
El Monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La india.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
[illegible]os de la noche.
[illegible]apitan [illegible]neco.
Hamle[illegible]
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó Los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La pasion.
El hijo del Ciego.
El Castillo de Balsain.
Los contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La estrella de las montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristóbal Colon.
Un hombre de Estado.
El primer Giron.
El tesorero del Rey.
El lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Brabo el Comunero.
Diego Corrientes.
El bufon del Rey.
Un voto y una vengan
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el Ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el Chico.
El fuego del cielo.
Un juramento.
El dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion
Un hombre importante
Quien más mira ménos
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la Córte
¡Mejor es creer!
Los órganos de Móstol
La escuela de los Mini
El fondo y la corteza.
El tesoro del diablo.
La flor de la maravilla
El agua mansa.
Un infierno ó La casa
pedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision
La cabra tira al monte
Sullivan.
El peluquero de Su Al
La consola y el espejo.
El rábano por las hoja
Tres al saco...
Un inglés y un vizcain
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La Condesa de Egmont
La escuela del matrim
Mercadet.
Una aventura de Riche
Deudas de honor y am
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la R
Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clav
El marido duende.
El remedio del fastidio.
El lunar de la marques
La pension de Venturit
Quién es ella?

NO SE VENGA QUIEN BIEN AMA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

D. EUGENIO RUBÍ

Y

DON VENTURA RUIZ AGUILERA.

Representada en el Teatro del Instituto Español.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÁS

N.º de la procedencia
1777

Núm. 73.

SALAMANCA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL HOSPICIO.
1867.

Esta obra es propiedad de DON JOSE GARCIA DE SOLIS, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título ó represente en algun teatro del reino ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

724361

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL.	SRA. FENOQUIO.
QUIÑONES, *aya*.	SRA. CRUZ.
DON LUIS PONCE DE LEON. .	SR. BARROSO.
EL MARQUÉS DE CAMPO AMENO	SR. CERNADAS.
EL CONDE DE FONTENOSA. . .	SR. PASTRANA.
LOPE, *criado del marqués*. . .	SR. DARDALLA.
FELIZ.	SR. MARE.

UN CAPITAN, GUARDIAS, CRIADOS.

La accion del primer acto pasa en una quinta del Marqués, inmediata á Madrid.
La del segundo y tercer acto en una sala de la casa del Marqués.

ACTO PRIMERO.

Interior de un jardin; en el fondo la fachada de un palacio con puertas y ventanas á la escena, bancos, mesas, etc.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE golpeando las celosías de una ventana; poco despues ISABEL, en la ventana.

Isabel!—No me responde:
Isabel!—Pues yo no cedo,
aunque se hundiera la casa...

ISABEL. Pesado estais, caballero!

CONDE. Me habeis oido, señora?

ISABEL. Quién no ha de oir tal estrépito!

CONDE. ¿Y os estais con esa calma
mientras que yo...

ISABEL. Y bien, qué es ello?
Se os olvidó alguna cosa?

CONDE. Deciros adios.

ISABEL. (Riéndose). Por cierto
me divierte vuestro humor!

CONDE. Con que os divierte?

ISABEL. En estremo.

CONDE. Pues señora...

ISABEL. Pero, conde;
si no há un instante, un momento,
que habeis salido de aquí
con el marqués...

CONDE. En efecto;
parece que me persigue...
no sé quien. Apenas llego
á esta quinta, de Madrid,
rompiendo piedras por veros,

me ordena volver allá
vuestro padre, con un pliego,
muy importante sin duda,
cuando apenas me da tiempo
de mirar vuestros encantos
y ofreceros mis respetos.

ISABEL. Disculpando vais conmigo:
ya sé que sois muy discreto.

CONDE. Sin embargo, es bien cruel...

ISABEL. El Estado es lo primero.

CONDE. No dije...

ISABEL. Y vos, señor Conde,
debeis estar satisfecho
de que así mi padre os dé
su confianza.

CONDE. Yo agradezco...
mas en la ocasion presente
me daña mucho ese afecto.

ISABEL. Será posible!

CONDE. Seguro.

ISABEL. Conde, no alcanzo...

CONDE. Confieso
que halagan mi vanidad,
la atencion, el miramiento,
con que todos á porfía
se disputan mis talentos...
hasta las damas, señora!...

ISABEL. Vuestro indisputable mérito...

CONDE. Teneis razon.

ISABEL. Vuestro nombre...

CONDE. Crisóstomo, Luis, Anselmo,
Chiriví de Fontenosa...

ISABEL. No os molesteis, os lo ruego,
pues nadie en el mundo ignora
que sois chiriví completo...

CONDE. Tanta bondad... mis blasones...

ISABEL. Por sí solos bastan ellos
á ennoblecer las montañas
que contengan cinco reinos.

CONDE. (Aparte). Está visto! se deshace
por mí; lo estoy conociendo!

ISABEL. Ahora, adios, amigo mio.

CONDE. Cómo! os retirais tan presto?

ISABEL. Creed que me causa pena...

CONDE. Lo creo, Isabel, lo creo.
No es fácil hablar conmigo
sin que se sienta así... un fuego...

ISABEL. Oh, sois muy temible, conde!

CONDE. Pero conceded al menos,
al nobilísimo vástago
de ilustrísimos abuelos,
besar vuestra linda mano.
ISABEL. Perdonad, se siente un fresco...
pudiera venir mi padre...
CONDE. Descuidad en cuanto á eso:
le dejé muy ocupado
reconociendo el terreno...
ISABEL. Feliz viaje.
CONDE. Pero...
ISABEL. (Cerrando la ventana). Adios!
CONDE. Isabel!... Me tiene miedo!

ESCENA II.

CONDE.

El rubor... es natural;
me voy de ella muy contento:
en cuanto vuelva á la córte,
la hablo claro y Laus Deo.
Si ella lo está deseando!
eso lo conoce un lerdo.
Mis atractivôs, mis gracias...
qué duda tiene? Yo apuesto
á que no duerme esta noche...
Pero, calla! Ahora recuerdo...
el marqués me dijo que era
urgentisimo este pliego.
A bien que de aquí á Madrid
el camino es corto y bueno;
me embozo, pues, y á caballo.—
Adios, Isabel.—¡Qué cierzo
me voy á chupar! (Llamando).
García!
(Se presenta un criado).
A despavilar el sueño.
(Salen de la escena).

ESCENA III.

QUIÑONES.—LOPE.

LOPE. ¿Me direis, honrada dueña,
por qué con tanto misterio

nos dejó el señor marqués?
Asuntos de mucho peso
deben ser, cuando á estas horas
abandona su aposento!
Por otra parte; ese conde
apenas llega... le vemos
tomar el tole á Madrid...
no os estraña á vos aquesto?

QUIÑONES. Vos lo habeis dicho, don Lope;
asuntos graves, muy sérios
le ocupan á nuestro amo...
quiera Dios que con acierto
despache su cometido!

LOPE. Tan importante es?

QUIÑONES. Entiendo,
que si da cima á su empresa
con ventura y lucimiento,
nuestro rey Felipe quinto,
cuya vida guarde el cielo,
le ha de hacer en toda España
despues de él el primero.

LOPE. Picais mi curiosidad!
Con que el rey?... ya lo comprendo!
alguna embajada; es claro!
Y para dónde?

QUIÑONES. No es eso.

LOPE. ¿Le ha nombrado general
en jefe de sus ejércitos?

QUIÑONES. Tampoco.

LOPE. Pues no adivino...

QUIÑONES. Se trata de nada menos, (Con misterio).
que de aprisionar... Don Lope,
cuidado con el secreto!

LOPE. Ese encargo sobra, dueña!

QUIÑONES. Sois hablador en esceso...

LOPE. Yo hablador!

QUIÑONES. (Imitando la accion de beber). Y la costumbre
de... hace al hombre indiscreto.

LOPE. Teneis razon! Es verdad;
soy un bestia! lo merezco.
¿Quién me manda á mí contaros
si Isabel les pone ceño
á los amores del conde,
ó si el conde con sus perros,
y sus armas y caballos
la tiene atronado el seso?
Sí; yo me tengo la culpa!
Si callara como un muerto!

Yo os juro...

QUIÑONES. Vamos, don Lope,
no lo tomeis tan á pechos.

LOPE. Me habeis ofendido, dueña!

QUIÑONES. No fué tal mi...

LOPE. Yo no bebo
mas que agua pura!

QUIÑONES. (Aparte). Dios mio!
vos sabeis que está mintiendo!

LOPE. Lo entendeis?

QUIÑONES. Qué duda tiene?
Ninguna.

LOPE. Besad el suelo
y os perdono.

QUIÑONES. Vamos, vamos;
he dicho mal; me arrepiento.
Vos sois un buen servidor,
muy puro...

LOPE. Me jacto de ello.

QUIÑONES. A quien se puede fiar...
yo, yo misma que me precio
de escrupulosa y discreta
como la que mas, no tengo
inconveniente en deciros
de qué se trata.

LOPE. Me alegro
de que así me hagais justicia.
Pero volviendo al comienzo
de nuestro asunto, ¿quién es,
Doña Quiñones, el reo?

QUIÑONES. Uno que vale... acercaos,
él solo, por ochocientos!

LOPE. Os burlais!

QUIÑONES. Hombre temible,
valiente, audaz, de un talento
diabólico, estraordinario...
segun se afirma... hechicero!

LOPE. Ba! ba!

QUIÑONES. En fin, cuando á un marqués
del Valle de Campo Ameno
se le confiere ese encargo,
podeis calcular por ello
cuánta será su importancia.

LOPE. Es verdad, sí, me convenzo.
¿Mas, decid, quién es, sepamos,
ese hombre, ese portento?

QUIÑONES. (Registrando la escena con la vista).
Don Luis Ponce de Leon!

LOPE. (Asustado). Don Luis Ponce! Dios eterno!
El jefe del Rayo de Austria!
de esa sociedad... yo muero!
pero, no, no; es imposible...
QUIÑONES. Cuando os digo...
LOPE. No lo creo;
Don Luis está en Alemania
con su archiduque.
QUIÑONES. Hombre incrédulo,
testarudo!
LOPE. Dueña, dueña!
QUIÑONES. Os repito que es muy cierto.
Hoy llegaron de la córte
para el señor marqués, pliegos
(Aparece Feliz en el fondo, recatado y escuchando).
en los cuales se le informa
que ese favorito... hebreo!
del archiduque don Cárlos,
andaba haciendo prosélitos
por estas inmediaciones.
LOPE. Eh, me haceis temblar!
QUIÑONES. En ellos,
además de autorizar
al señor marqués, mi dueño,
para cojer á ese hombre,
sea vivo, ó sea muerto,
vienen descritas sus señas.
LOPE. Callad! Callad! Será horrendo!
QUIÑONES. Al contrario, es muy buen mozo!
LOPE. Es posible!
QUIÑONES. Alto; de cuerpo
airoso; (Feliz se va aproximando).
blanco; ojos negros;
la barba de igual color...
Diz que es hijo...
(Feliz colocándose en medio de los dos).
FELIZ. Del infierno!

ESCENA IV.

LOPE.—QUIÑONES.—FELIZ.

(Lope y Quiñones lanzan un grito de espanto al ver á Feliz).
LOPE. Misericordia!
QUIÑONES. Santa Ursula!
LOPE. (Aparte). Don Luis!

QUIÑONES. Válgame San Pedro!
FELIZ. Os vais á encerrar ahora
los dos en vuestro aposento,
y por Dios que si chistais...
LOPE. Compasion!
QUIÑONES. Piedad!
FELIZ. Silencio!
(Les hace un ademan imperioso para que se retiren).
QUIÑONES. (Aparte). Por dónde ha entrado este diablo!
LOPE. (Aparte). Y estamos solos, qué miedo! (Vanse).

ESCENA V.

FELIZ.

¿Con que era vuestro señor
con sus viejos escuderos
quien encontramos ha poco?
Ah, marqués, marqués! ¡Veremos
quién de los dos sale ahora
mas airoso de este aprieto!
Qué jente habrá en esta casa?
Criados... jente sin pecho;
por aquí, no hay que temer;
los mios á todo evento
quedaron bien apostados.
La senda principal, creo
que es aquella; por allí
deben venir los sabuesos
que acompañan al marqués—
por aquí... (Viendo llegar un embozado).
Alto!

ESCENA VI.

FELIZ.—DON LUIS embozado y armado.

LUIS. Qué hay de nuevo?
FELIZ. Ya lo veis; sin novedad
me he colado hasta aquí adentro.
LUIS. Y bien?
FELIZ. Que estamos vendidos.
LUIS. Vendidos! Qué estais diciendo?
FELIZ. No hace mucho que una dueña

aquí relataba á un viejo
las señas de nuestro jefe.

LUIS. Exactas?

FELIZ. Ni mas ni menos
que como él es en persona.

LUIS. Pues por donde!...

FELIZ. No lo entiendo.
pero os puedo asegurar
que el marqués va en seguimiento
de don Luis.

LUIS. Bien, retiraos.

FELIZ. Os quedais aquí?

LUIS. Me quedo.

FELIZ. Sólo?

LUIS. Solo. Vuestra gente?

FELIZ. En un matorral espeso
que hay detrás de esa fachada,
queda aguardando.

LUIS. Estad prestos
á la señal convenida;
y cuando avise... (Enseñándole el pito).

FELIZ. Comprendo.
(Saluda y se retira por donde vino).

ESCENA VII.

DON LUIS examinando la escena.

Esta es la quinta... la casa...
(Señalando fuera de la escena).
la fuente, si, bien me acuerdo!
En ella... pronto hará un año,
que ví su rostro hechicero
y sentí por vez primera
palpitar de amor el pecho.
¡Nunca yo me imaginara
un perfil mas puro y bello!
En vano fué desde entonces
batallar con el recuerdo
de una mujer, que el acaso
hizo que viera el momento.
Su imágen encantadora
do quiera me va siguiendo,
y cuanto yo de la mente
mas desecharla pretendo,
mas y mas se arraiga ella,

allí siempre, á mi despecho.—
Soy un loco; un insensato!
estoy perdiendo así el tiempo
en pueriles ilusiones
sin por qué ni fundamento.—
Mucho tarda en dar la vuelta
el marqués!—Si será cierto...
Qué me importa que lo sea?
Tranquilo estoy... y le espero.
(Se sienta en un banco).

ESCENA VIII.

DON LUIS sentado.—ISABEL.

ISABEL. (Aparte). Me pareció haber oido
hace poco hablar aquí;
(Repara en don Luis).
qué veo? (Acercándose). Es un hombre... sí...
algun criado dormido.
(Tocándole en el hombro).
ea, despertad; qué haceis?
LUIS. (Admirado aparte). Dios me valga!
ISABEL. (Sorprendida). Ah! un forastero!...
LUIS. (Aparte). Ella es!
ISABEL. Quien sois, caballero?
LUIS. Señora, no os asusteis;
portador de una mision
para el marqués, importante,
he llegado hace un instante
cerca de su habitacion.
Mas tan rendido y cansado
con las fatigas del viaje;
que al sentir de este follaje
el ambiente perfumado,
sus misteriosos rumores,
no he podido resistir...
¡es tan hermoso dormir
entre estas ramas y flores!
ISABEL. (Aparte). Esta voz... recuerdo ahora...
LUIS. (Aparte). Qué bella! qué hermosa es!
ISABEL. Teneis que hablar al marqués?
LUIS. Bien á mi pesar, señora.
ISABEL. Triste será la mision;
alguna derrota? Hablad;
qué desgracia?...

LUIS. Dispensad...
muy distinta es la razon.
ISABEL. No comprendo...
LUIS. ¿Quién, decid,
hallándose así tan bien,
no ha de mirar con desden
los negocios?...
ISABEL. Advertid...
Mi padre... el señor marqués
de Campo Ameno, está ausente.
LUIS. (Admirado). Vuestro padre! (Aparte). Dios clemente!
ISABEL. Por asuntos de interés...
LUIS. Conozco la espedicion.
ISABEL. Vos!
LUIS. No es fácil conseguir,
como se cree, rendir
á Luis Ponce de Leon.
ISABEL. ¡Ciertamente, en pos de él van:
mas, por dónde habeis logrado...
LUIS. Ya veis que estoy informado.
ISABEL. Sois por ventura...
LUIS. Don Juan...
marqués de Torre Laguna,
vuestro humilde servidor.
ISABEL. Caballero, es un honor...
LUIS. Para mí que la fortuna
al sentar aquí la planta,
me proporciona el placer,
ISABEL. (Aparte). Este acento...
LUIS. De poder
admirar belleza tanta.
ISABEL. Y ¿creis seguramente
que puede ser peligroso
prender á ese revoltoso?
LUIS. Don Luis, señora, es valiente.
ISABEL. Y cruel.
LUIS. Jamás lo ha sido.
ISABEL. Segun se dice, inflexible,
perverso...
LUIS. Será posible!
ISABEL. Hombre brutal...
LUIS. Han mentido.
Los que así tan inhumanos
denigran al de Leon,
ó le tienen miedo, ó son
una turba de villanos.
ISABEL. Con calor tomais, por Dios
su defensa.

LUIS. No os asombre...
ISABEL. Conoceis vos á ese hombre?
LUIS. Somos amigos los dos.
Y aunque en civiles contiendas
discordamos, á mi ver,
no dejo de conocer
que tiene apreciables prendas.
ISABEL. No arguyo mas en contrario:
y es, decidme y perdonad
mi pueril curiosidad;
ese hombre estraordinario
tan bizarro y tan apuesto
como en general se cuenta?
LUIS. Siempre, señora, se aumenta
un poco mas.
ISABEL. Por supuesto...
pero vos qué me decis?
LUIS. Que es regular su apostura...
Vendrá á ser... de mi estatura...
ISABEL. (Aparte.) Gallardo será el don Luis!
Jóven?
LUIS. Mi edad...
ISABEL. En buen hora,
jóven de tal importancia...
mucha será su arrogancia?
LUIS. No es nada vano, señora.
El mundo le cree fiero,
porque en su rencor profundo
le juzga muy mal el mundo...
tal vez pudiera altanero
con su fortuna engreido
contemplarse satisfecho,
mas de la suerte á despecho
vive triste y abatido.—
No lo creeis?
ISABEL. En verdad...
que responderos no sé...
decis tales cosas, que...
LUIS. Mal reprimo mi ansiedad! (Aparte).
ISABEL. De don Luis allá en su bando
su poder todo lo alcanza;
qué le falta?
LUIS. La esperanza.
ISABEL. De vencer?
LUIS. Idolatrando.
ISABEL. A su rey?
LUIS. A una mujer.
ISABEL. Os chanceais?

LUIS. ¿No es él hombre?
¿Qué hay en ello que os asombre?
ISABEL. El juicio me hareis perder.
LUIS. Teneis razon; distraido
que os importuné confieso;
perdonadme.
ISABEL. Nada de eso;
yo soy la que no he podido...
proseguid, señor marques...
¿es bella?
LUIS. Como ella sola.
ISABEL. ¿De qué pais?
LUIS. Española.
ISABEL. ¡Es compatriota!
LUIS. Así es.
ISABEL. Belleza será notoria?
LUIS. Es la misma perfeccion.
ISABEL. La habeis visto?
LUIS. En relacion.
ISABEL. No teneis mala memoria!
LUIS. Tal cual.
ISABEL. Esquiva?
LUIS. No sé...
es decir, don Luis lo ignora.
ISABEL. ¡Y sin embargo la adora!
LUIS. Para amar basta la fé.
ISABEL. ¿Pero al menos esa dama
de don Luis sabrá el afan?
LUIS. No la conoce.
ISABEL. ¡Don Juan!
LUIS. Ni aun sabe como se llama.
ISABEL. Me estraña lo que decis,
y que no lo entiendo os juro!
LUIS. Son un enigma algo oscuro
los amores de don Luis.—
Mas veo que os fastidiais...
ISABEL. Nunca me encontré tan bien.
LUIS. Yo me doy el parabien.
ISABEL. Proseguid.
LUIS. Si os empeñais...
ISABÉL. ¿Cómo ó donde prendó así
al de Ponce esa beldad?
LUIS. La vió por casualidad
una vez que estuvo aquí.
ISABEL. Decís que aquí mismo?...
LUIS. No,
no recuerdo á punto fijo
el lugar en que me dijo,

mas ser por aquí debió.
Fué una tarde en que cansado
de andar incesantemente,
se paró junto á una fuente
el de Leon, disfrazado.
La tal fuente figuraba,
qué prolijo es el amor!
un granado...

ISABEL. (Con viveza). Cómo?

LUIS. En flor,
de cuyas hojas manaba
el agua en caprichos mil;
estraña y linda invencion,
segun cuenta el de Leon.

ISABEL. Y en qué mes era?...

LUIS. En abril.

ISABEL. (Meditando aparte). Es singular!

LUIS. Embebido
delante de la escultura,
examinaba su hechura,
cuando le distrajo un ruido,
que á su parecer venia
de un jardin allí inmediato.

ISABEL. (Aparte). Mal mi confusion recato!

LUIS. Eran gritos de alegria
que, de su gozo al través,
exhalaban seis hermosas,
mas hermosas que las rosas
que hollaban sus lindos pies.

ISABEL. Y era alguna de entre aquellas?

LUIS. De todas la mas cumplida.

ISABEL. ¡Pronto escogió por su vida,
si todas eran tan bellas!

LUIS. Nunca rostro mas galano
dice que viera un mortal,
perfeccion tan ideal
no se concibe en lo humano.
Prendida una gasa azul
de su brillante cabello,
daba sombra al albo cuello
acariciándole, el tul.
Y si el divino arrebol
de vez en cuando velaba,
era el sol que allí ocultaba
detrás de la gasa al sol.
Atónito, estasiado,
y como fuera de sí,
estaba el de Ponce allí

por la beldad fascinado;
cuando vió que hácia la fuente
en que él inmoble yacía,
el ángel se dirigia...

ISABEL. ¿Con qué era él...

LUIS. Es evidente;
no habia otro.

ISABEL. (Aparte). El extranjero!

LUIS. (Aparte). ¡Esa emocion...

ISABEL. (Aparte). Y era yo!

LUIS. Al pasar le dirigió
un «guárdeos Dios, caballero»
Mas en vez de contestarla
el don Luis como debia...

ISABEL. (Aparte). Qué sospecha! Si seria...

LUIS. Atrevióse á demandarla
una flor... un pensamiento...

ISABEL Y la dama se le dió?

LUIS. Qué hubiérais hecho vos?

ISABEL. Yo...

LUIS. A ver.

ISABEL. (Aparte). No sé lo que siento!

LUIS. Hubiérais sido cruel?

ISABEL. Una flor es poca cosa!

LUIS. Lo mismo pensó la hermosa
y le honró por fin con él.

ISABEL. (Con interés). Y le guarda?

LUIS. Sí, en verdad.

ISABEL. Qué capricho!

LUIS. (Con fuego). En su ilusion
no lo cambiara Leon...
ni por un solio!

ISABEL. Callad,
caballero. (Ruborizada).

ESCENA IX.

DICHOS.—EL MARQUES en el fondo dando instrucciones al jefe de la ronda.

MARQUÉS. Me entendeis?

LUIS. (Con despecho aparte). Qué importuno?

ISABEL. (Aparte). Oh Dios! mi padre!

MARQUÉS. (A la ronda). Recorred segunda vez
las avenidas del parque,
mientras descanso un momento;
detened á cuantos pasen,

y cuando oigais la señal
(Mostrándoles el pito).
acudid aqui al instante.
(La ronda se retira).

ESCENA X.

MARQUÉS.—LUIS retirado.—ISABEL sale al encuentro de su padre.

ISABEL Señor. .
MARQUÉS. Cómo! Isabel mia!
LUIS. (Aparte). Isabel! nombre adorable!
MARQUÉS. Despierta aun á estas horas?
hija querida, mi ángel,
por qué no te has acostado?
ISABEL. Ausente vos, fuera en balde
querer conciliar el sueño.
Además, que no es tan tarde...
MARQUÉS. Hija mia... aquí tan sola...
ISABEL. (Mirando á donde está don Luis).
No estoy sola...
LUIS. (Saludando al marqués) Dios os guarde,
señor marqués.
MARQUÉS. (Queriendo reconocerle). Y, á vos... pero...
Si no os dignais enterarme...
ISABEL. (Aparte á Luis). Ved lo que haceis.
MARQUÉS. No recuerdo...
LUIS. (Aparte á Isabel). Consentís en que él os ame?
ISABEL. (Al marqués). El señor es portador
de una misiva importante
para vos.
MARQUÉS. Para mí?
LUIS. Es cierto,
asuntos aqui me traen
de gravedad.
MARQUÉS. Esplicaos.
LUIS. Permitid...
MARQUÉS. (Aparte). Algun percance...
Isabel, déjanos solos...
pero no sin abrazarme.
ISABEL. (A Luis). Dios os guarde, caballero.
LUIS. (Acompañándola hasta la puerta).
El, señora, os acompañe.
ISABEL. (A Luis). Encargad al de Leon...
LUIS. (Con ansiedad). Qué?
ISABEL. No se esponga á un desastre.

(Se va precipitadamente).
LUIS. (Aparte). Oh! Soy feliz!

ESCENA XI.

MARQUES.—DON LUIS.

MARQUÉS. Ya os escucho.
os importaba el hablarme?
LUIS. Es á vos á quien importa.
MARQUÉS. Se supone. (Aparte). Qué arrogante.
Y podreis decirme, quien
os manda así de su parte
al marqués de Campo Ameno?
LUIS. (Aparte). Qué marqués tan petulante!
(Le da un pliego).
Dignaos...
MARQUES. (Tomándole). Qué significa?
LUIS. Son, señor, mis credenciales.
Por ellas podreis saber...
MARQUÉS. (Con marcadas muestras de despecho).
Dios me asista!
LUIS. (Aparte). Efecto le hacen.
MARQUÉS. Caballero, estais seguro
de que sea yo á quien manden
tratar con vos?
LUIS. (Señalando en los papeles). No lo veis?
Al marqués, dice aquí al márgen,
de Campo Ameno y la Roca,
no han podido equivocarse;
al menos que nos seais vos...
MARQUÉS. Ciertamente: en mi linage
no hubo nunca quien pudiera
á tal punto degradarse,
tratando con esas gentes.
LUIS. Advertid...
MARQUÉS. Lo dicho baste
para que vos le lleveis,
en gracia de mi carácter
que no os trata cual debiera,
mi respuesta inalterable.
LUIS. Gracias mil, señor marqués,
por atencion semejante.
Mas permitidme deciros
que obrando así, dais al traste
con vuestra fama política,

que por cierto es hoy bien grande.
MARQUÉS. Eso á vos importa poco.
LUIS. Vuestras altas cualidades
se deben á la nacion.
MARQUES. Pero nunca á los infames
que devorándolo todo
quieren medrar con su sangre.
LUIS. De todos, segun yo entiendo,
partido puede sacarse.
MARQUES. No os comprendo.
LUIS. Ya se amansa. (Aparte.)
MARQUÉS. Esplicaos.
LUIS. Voy á esplicarme.
Supongamos que esos hombres
que por el de Austria combaten,
esos valientes, señor,
á quienes llamais infames...
MARQUÉS. Que lo son...
LUIS. Enhorabuena,—
Si tal es vuestro dictámen...
anheláran de una vez
cortar la efusion de sangre
que en mil torrentes inunda
este suelo hasta anegarle.
MARQUÉS. Y quién es la causa, quién?
LUIS. Si no me dejais que acabe,
mal podemos entendernos.
MARQUÉS. (Aparte). Oh qué idea! Perdonadme.
Es tanto lo que me afecta
el estado deplorable
en que se encuentra la España...
LUIS. Vuestro enojo es muy laudable;
alimentemos su orgullo. (Aparte).
MARQUÉS. Procuremos sonsacarle. (Aparte).
Decíais si no me engaño,
que esas gentes formidables
á cuyo frente el de Ponce
trabaja fiero, incesante,
por el archiduque Cárlos,
desean cortar los males
que á nuestra nacion afligen;
no es esto?
LUIS. Así es.
MARQUÉS. Admirable.
Y... á la verdad, ¿creeis vos
de buena fé á esos *leales*?
LUIS. La honradez es su divisa:
la fé jurada su base.

MARQUES. Sí, sí, todo eso es muy bueno
para atraer ignorantes.
En cuanto á mí...
LUIS. Ya supongo...
MARQUES. No me alucinan tan fácil
Pero dejando ahora á un lado
las tretas de que se valen,
voy á proponeros yo
un partido razonable.
LUIS. Un partido?
MARQUES. Ventajoso.
LUIS. Bien. Y en qué puedo yo...
MARQUES. Antes
de que á negociar entremos,
respondedme, si es que os place,
á una pregunta.
LUIS. Decid.
MARQUES. En qué grados, en qué clase
servís vos al archiduque?
LUIS. Oh! no merece nombrarse:
soy un simple capitan.
MARQUES. Cierto; no es muy envidiable
que digamos vuestro empleo;
y luego el sueldo...
LUIS. Es bastante.
MARQUES. Modesto sois!
LUIS. Qué quereis?
es preciso contentarse.
MARQUES. Pero si yo os propusiera
otro mejor, que bastase
á mantener vuestros gastos
con comodidad y ensanche;
si yo os lográra en la córte
posicion y dignidades...
LUIS. Es posible!
MARQUES. Aceptariais?
LUIS. Proposicion tan brillante...
LUIS. Y ¿por qué medio podria
merecer tantas bondades?
MARQUES. Sirviendo las justas causas
de que os mostrais tan amante.
Puede muy bien un error
conducir á que se aparten
los hombres del buen camino;
pero vos cuyo semblante
en vuestro favor previene;
(Saluda don Luis).
vos en cuyo pecho late

un corazon recto y puro,
podeis muy bien, nunca es tarde,
abjurar vuestros errores.
Del rey Felipe es muy grande
la clemencia; sus derechos,
su poder incontrastables.
En vuestras manos teneis
los medios para obligarle.

LUIS. Yo, señor! Un hombre oscuro...
(Aparte). Temo que mi rabia estalle!

MARQUES. Vos no ignorais que don Luis
ese perverso...

LUIS. Adelante.

MARQUES. Anda por aquí escondido...
(Don Luis finge sorpresa).
Bien lo sabreis... denunciadle,
y habreis hecho vuestra suerte.

LUIS. (Aparte). Qué vil!

MARQUES. Dudais?

LUIS. Dispensadme....
Estos asuntos, ya veis
que necesitan pensarse.
No digo yo que rehuse
ofertas tan agradables
como las que vos me haceis:
no, nada de eso; pero antes
quisiera que vos tambien
á las mias contestáseis.

MARQUES. Ofertas á mí?

LUIS. Es muy justo
que si trabajais... os paguen.

MARQUES. Vive Dios!

LUIS. Señor marqués,
sed como yo tolerante.

MARQUES. Concluyamos.

LUIS. Sin entrar
en minuciosos detalles
acerca de los partidos
que hoy en España combaten
con mas ó menos ventajas...
yo, indigno representante
del poderoso archiduque,
vencedor en todas partes,
tambien os ofrezco ahora,
si os adheris á mis planes,
allanándole el camino
que hácia la córte le trae,
todo el oro...

MARQUES. Qué osadía!
LUIS. Todo el oro...
MARQUES. Miserable!
LUIS. Que exijais por el servicio.
MARQUES. Y yo he podido escucharle!
LUIS. Aceptais, señor marqués?
MARQUES. Salid de aquí, vive Dios,
ó, aunque tocaros es mengua,
os he de arrancar la lengua
de que tan mal usais vos.
LUIS Ingrata es la despedida!
MARQUES. Harto indulgente castigo...
LUIS. Conque al de Ponce le digo...
MARQUES. Tan poco apreciais la vida?
LUIS. Tan poco, que no merece
que en ella piense un marqués.
MARQUES. La dejareis pronto, pues.
LUIS. No me opongo; si os parece
que obrando así ganareis
fama de buen servidor,
mi vida es vuestra, señor.
Pero en fin, ¿no me direis
sí?...
MARQUES. Esto es ya demasiado.
(Suena el pito).
LUIS. (Sobresaltado). Cómo! me quereis prender?
MARQUES. Al punto lo vais á ver.
LUIS. (Aparte). Si se hubieran descuidado...
Imposible!
MARQUES. Por mi nombre!
(Feliz aparece con los suyos recatado el rostro).
Veremos si en adelante
os mostrais tan arrogante!
(A Feliz).
Sujetad bien á ese hombre
que tan valiente parece;
ea, vamos, qué haceis, pues?
LUIS. Inútil, señor marqués.
Esta gente no obedece
mas que á mí.
MARQUES. En vano lo intentas...
(Reconociendo á los soldados).
Cielos! tambien son traidores!
(Feliz apacigua su encono, á un ademan de Luis).
LUIS. No lo hayais á mal, señores,
que ya arreglaremos cuentas.
(Luis se dispone á salir con los suyos de la escena. El marqués grita).
MARQUES. Lope! Fernando! Traicion!

(Isabel, criados, salen apresurados).

LUIS. (Al marqués que quiere lanzarse á él).
Reparad lo que haceis!

ISABEL. Padre!

MARQUES. Quién sois?

LUIS. Aunque á vos no os cuadre
Don Luis Ponce de Leon.

(Lanzan una esclamacion de espanto y cae el telon).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Sala en casa del marqués, puertas á los costados, otra en el fondo, mesa con escribanía, etc.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.—QUIÑONES.

QUIÑONES. Válgame Dios! qué eso escuche?
y de quién?
ISABEL. Vaya calmaos,
buena dueña.
QUIÑONES. Pues! lo dije;
me hará callar... si no valgo
para nada! Si se empeña
me hará ver que vuela un carro
y que dos y dos son cinco;
pues no señor!
ISABEL. Poco escándalo
moveis por nada.
QUIÑONES. Por nada!
¿Con que no es nada asustarnos
en la quinta ese don Luis,
á quien lleven dos mil diablos,
y ultrajar á vuestro padre,
y... no sigais alabándolo,
ó creeré que en devaneos
andais con él...
ISABEL. Selle el labio
la dueña, que ya enojada
estoy por Dios.
QUIÑONES. ¡A mis años
esto! Quién me lo diria?
ISABEL. ¿Es bueno que regañando
siempre esteis, doña Quiñones,

y que vuestro genio raro
solo por mover rencillas
ha de ver lo negro blanco?

QUIÑONES. Pues, lo mismo que don Lope!
Yo le diré á ese bellaco
de escudero, medio hereje,
si regaño ó no regaño.
En mi tiempo no se usaban
semejantes desacatos
con las dueñas, y las niñas
las oiamos callando.
Si decian «á rezar»
cogiamos el rosario;
«que no se sale á paseo»
y en casa nos encerrábamos,
«á leer en las Veladas»
y leíamos los Salmos,
ó á lo mas *la verdadera*
historia de Cárlo-Magno.
Si un superior nos mandaba
cualquier cosa, á hacerla al canto;
mas las doncellas del dia
hacen todo lo contrario.
Si reñimos, nos responden;
no obedecen, si mandamos:
no respetan nuestras tocas
y nos tiran de los mantos.
Vos misma, vos me enojais
á mí, que os tuve en mis brazos.
desde que erais tamañita.

ISABEL. No sé qué os sorprende tanto.

QUIÑONES. Decidme, ¿no es don Luis Ponce
enemigo declarado
del señor marqués?

ISABEL. Ignoro...

QUIÑONES. Pues mal podreis ignorarlo,
cuando anoche con su gente
contra vuestro padre anciano
en la quinta...

ISABEL. No lo niego;
mas vos no habreis olvidado
que no se atrevió á tocarle.

QUIÑONES. Miren qué hazaña!

ISABEL. Y que acaso
á haber mi padre caido
de otro enemigo en las manos...

QUIÑONES. Y ¿sabeis que el tal don Luis
está vendido al austriaco

en cuerpo y alma?

ISABEL. ¿Y no puede
ser generoso y honrado
por eso?

QUIÑONES. Mirad que cuentan
de él mil lances...

ISABEL. Todos falsos.
Si dijeran que es valiente
y de corazon hidalgo...
acertáran.

QUIÑONES. Vírgen santa!
¡Un agente de don Cárlos
ser hidalgo y generoso!
(Se oye ruido de pasos fuera).
Perros, herejes, malvados;
hasta su traje... mas, calla...
parece que se oyen pasos...
es vuestro padre... lo dicho:
mientras no vea quemados
á todos esos vergantes...
uf! qué tiempos tan aciagos! (Váse).

ESCENA II.

EL MARQUÉS.—ISABEL.

MARQUES. Dios te guarde.

ISABEL. El os asista,
señor; ¿del susto pasado
os hallais ya mas tranquilo?

MARQUES. Cierto, que me dió mal rato
el tal Leon; pero pronto
le pondremos á recaudo.

ISABEL. Qué decís? (Aparte). Por él temiendo
estoy!

MARQUES. Nada, que los pasos
se le siguen con cautela,
y que ha de valerle el diablo
ó ha de dar con la justicia
hoy, sino fallan mis cálculos.

ISABEL. (Cierto es su peligro). Pero...

MARQUES. ¿A interceder vas acaso
por él?

ISABEL. Señor...

MARQUES. ¡Vive Cristo,
que estás, Isabel, soñando!

Yo he de cumplir con la ley,
y si por dicha le hallamos,
pronto estará. .

ISABEL. En una cárcel
quizás; es cierto?

MARQUES. No... ahorcado.

ISABEL. (Cielos!) Muy grave delito
para tan severo fallo
será el de don Luis.

MARQUES. Anoche,
con arrojo temerario,
me propuso que me uniera
al archiduque don Cárlos.

ISABEL. Osadia fué estremada!

MARQUES. Espero que disculparlo
no querrás ya.

ISABEL. No hay disculpa
que sirva á esceso tamaño;
mas bueno fuera tambien...

MARQUES. Sí, ya entiendo, perdonarlo;
no es esto?

ISABEL. Que al castigarle,
vos apreciarais en algo
al veros libre.

MARQUES. Eso mismo
estaba yo ahora pensando.
Veré al rey, y haré de modo
que no sirva al populacho
de diversion; es muy justo
no ser con don Luis ingratos.

ISABEL. Qué bueno sois! y despues...

MARQUES. Nada; al verdugo le mando...

ISABEL. (Aparte). Qué escucho!

MARQUES. Y allí sin ruido,
queda el negocio zanjado.

ESCENA III.

DICHOS.—LOPE anunciando; poco despues FONTENOSA.

LOPE. El conde de Fontenosa, (Al marqués).
pregunta por vos.

MARQUES. Le aguardo.
(Váse Lope).

CONDE. Señor marqués... Isabel, (Saludando).
siempre bella!

ISABEL. (Aparte). (Siempre vano!)
y vos, conde, lisonjero.
CONDE. Lisonjero no; admirando
las sublimes perfecciones
de que el cielo os ha dotado.
Mas decid, señor marqués,
¿cómo la vida del campo
abandonais de repente
por el ruido cortesano?
MARQUÉS. Circunstancias imprevistas...
CONDE. En vano es disimularlo;
nada; la córte, la córte...
lo mismo que yo... Si es claro!
(A Isabel). á que opinais vos conmigo?
ISABEL. Yó? no; todo lo contrario.
CONDE. (Aparte). Qué belleza tan silvestre!
ISABEL. (Aparte). Y quieren le dé mi mano!
antes morir.
CONDE. Qué atractivos
ofrece una selva, un prado?
Ni con quién ha de hablar uno?
Con las piedras y los pájaros?
Ame en buen hora esa vida
el que nació desdichado,
sin mas bienes que dia y noche,
ni mas cuna que un establo.
Pero el que cual yo ha nacido
bajo el techo de un palacio,
y presenta por blasones
dos zorros en campo blanco,
y un mochuelo en las almenas
de un castillo arruinado,
nunca podrá resignarse...
pero, marqués, yo hablo y hablo
sin dejaros meter baza;
perdonad si me distraigo;
es una mala costumbre
que tengo desde muchacho.
MARQUES. Isabel, déjanos solos.
ISABEL. (Saludando). Señor conde...
CONDE. (Dándole la mano). Acompañaros
permitidme hasta la puerta.
(En la puerta).
Oh! qué divina!
ISABEL. (Entrando, aparte). Oh! qué fátuo!

ESCENA IV.

MARQUES.—CONDE.

CONDE. Conque, marqués, por lo visto,
fué á parar como un incauto
á vuestra quinta?
MARQUES. Leisteis
mi carta?
CONDE. Pues no? volando!
MARQUES. Entonces no sé á que viene
vuestra pregunta.
CONDE. Es exacto:
ni yo tampoco lo sé:
pero qué quereis? el hábito...
la costumbre de... y qué planes
teneis ahora? Sepamos.
Yo os propondria uno bueno,
magnífico! estraordinario!...
con el cual de su persona
podriais apoderaros.
MARQUES. Veámosle.
CONDE. Muy sencillo.
Dicen que es don Luis osado.
MARQUES. Como él solo.
CONDE. Que no teme...
MARQUES. A nadie, ni á Dios, ni al diablo.
CONDE. Se sabe su paradero?
MARQUES. Lo sé yo.
CONDE. Pues cayó el pájaro.
Escribidle cuatro letras,
diciéndole: «Sin embargo,
de lo que anoche pasó,
despues he reflexionado
con mas calma nuestro asunto,
y quisiera que arregláramos...
MARQUES. Ja! ja!
CONDE. (Aparte). ¡Si algun desatino
habré dicho!
MARQUES. Sois muy cándido!
Cuando vos salís, yo, conde,
estoy de vuelta.
CONDE. Canario!
no os descuidais.
MARQUES. Esa idea
es la mia.

CONDE. Y bien, ¿parado
os estais?
MARQUES. Le escribí al punto,
y vendrá!
CONDE. (*Aparte*). Soy un naranjo!
¿Pero estais seguro...
MARQUES. Es hombre
de atrevimiento estremado,
y mas su osadía crece
cuanto mas son los obstáculos.
Asi me lo dijo, y dióme
las señas, donde en buscarlo
en cualquiera circunstancia
y ocasion necesitáramos.
CONDE. Y ¿sabeis señor, marqués,
y esto quede para entrambos,
que el medio es un poco... así...
como... (vaya me atraganto!)
MARQUES. Quereis decir poco noble!
no es eso?
CONDE. Habeis acertado.
MARQUES. ¿Y qué en esas pequeñeces
se pare, quien de palacio
pisó una vez los salones?
CONDE. Teneis razon, me retracto.
Mas pasemos á otra cosa:
habeis, marqués, meditado
sobre mi asunto?
MARQUES. Qué asunto?
CONDE. Mi boda.
MARQUES. Voy á ser franco.
Teneis apreciables prendas,
conde.
CONDE. Ya veis, eso es algo.
MARQUES. Vuestro linaje es ilustre...
CONDE. Dos zorros en campo blanco,
y un mochuelo en las almenas...
MARQUES. Sí; de un castillo arruinado,
me lo habeis dicho mil veces,
señor conde.
CONDE. Sí? Qué diablo!
MARQUES. De que sois rico, opulento;
bien lo mostrais en el fausto
que ostentais.
CONDE. No hay en la córte
quien tenga cuatro caballos
como aquellos que...
MARQUES. Ya entiendo,

quereis decir los castaños.

CONDE. Y eso es poco?

MARQUES. (Aparte). ¡Si no fuera
por eso!

CONDE. Entonces, me caso
con vuestra hija.

MARQUES. Si hubiérais
su voluntad esplorado,
y ella os amase...

CONDE. Hasta ahora
no he podido tener ánimo
para hablarla ni una jota
del asunto que tratamos.
Mas no temais, pues hoy mismo
se allanarán los obstáculos
que presentais.

MARQUES. Por mi parte,
estoy dispuesto á apoyaros,
y aun ya le he dado á entender
vuestros deseos. Yo salgo
y os dejo á solas con ella.
Con que, conde, aprovechaos
de mi ausencia, y si ella accede
dueño sereis de su mano.
Isabel? (Llamando).

ESCENA V.

DICHOS.—ISABEL.

ISABEL. Señor...

MARQUES. Al conde
te quedas acompañando,
pues negocios de importancia
me separan de su lado. (Vase).

CONDE. (Aparte). Eh, pelillos á la mar!
solos estamos los dos,
es cierto; mas, vive Dios,
que no sé cómo empezar!

ISABEL. (Aparte). No se atreve... (A él). Fontenosa!

CONDE. Eh! qué es eso? (A ella). Me decido. (Aparte).
Estaba tan... distraido...
que solo esa voz... hermosa...

ISABEL. Qué aprensiones!

CONDE. Aprensiones?
siempre sois conmigo injusta.

ISABEL. Es, conde, que no me gusta
escuchar adulaciones.
CONDE. Me habrán mentido mis ojos;
¿pero, qué os he decir,
cuando os ven ellos rendir
corazones por despojos?
Yo mismo, yo, os idolatro.
ISABEL. Pues no sospechaba yo...
CONDE. (Aparte). Vamos me dice que no
como dos y dos son cuatro.
¿Y qué respondeis, señora,
á vuestro rendido amante?
ISABEL. Lo sabreis... mas adelante.
CONDE. Por qué no ha de ser ahora?
Con qué es inútil mi afan?
ISABEL. Mucho espera quien bien ama.
CONDE. No ví mas ingrata dama.
ISABEL. Ni yo mas terco galan.
CONDE. Veo que disimulais
y lo siento.
ISABEL. Conde, os juro...
CONDE. No jureis, si estoy seguro...
ISABEL. De qué?
CONDE. Bah! de que me amais.
ISABEL. Sí?
CONDE. Seguro.
ISABEL. No os creyera
tan perspicaz.
CONDE. Oh! me precio
de ser...
ISABEL. (Aparte). El hombre mas neciol
(A él). Cuidado que el que os oyera...
(Aparte). Hacerle olvidar confio
su amor.
CONDE. (Aparte). En un potro me hallo.
ISABEL. Y... qué tal vuestro caballo?
el de las manchas...
CONDE. El pio?
es un soberbio animal;
cuando le arrimo la espuela
parece, Isabel, que vuela
en alas del vendabal.
Y al batir los negros cascos
en la carrera tendida,
reduce á arena molida
hasta los duros peñascos.
Pues, y mi pavo real?
¿Y mis cuatro perdigueros

como las aves lijeros?
tengo en ellos un caudal.

ISABEL. Propio es de vuestra nobleza
criar animales tales.

CONDE. Me tienen los animales
trastornada la cabeza.
En ellos mi dicha fundo;
ellos son la gloria mia:
como que no los daria
por todo el oro del mundo.
Esta aficion singular
me viene desde mi abuelo.

ISABEL. Ya lo sé, con el mochuelo
que vemos todos brillar
en vuestro escudo.

CONDE. Asi es;
pero, dejando esto á un lado,
decidme, ¿nada os hablado
acerca de mí el marqués?
¿No os ha dicho que os adoro
y que cifro el amor mio?...

ISABEL. En qué? En el caballo pio?
ja, ja, ja!

CONDE. (Aparte). Hay mayor desdoro!

ISABEL. Me habeis hecho tal pintura...
me hablásteis de él con tal fuego,
que, conde, os contemplo ciego
á la luz de su hermosura.

CONDE. Señora, voy á ser franco,
tales agravios escucho...
que...

ISABEL. (Saludando). Adios, conde, y cuidad mucho
los zorros en campo blanco. (Vase).

ESCENA VI.

CONDE.

Eso á mí?... Mas su desprecio
es justo: hablamos de amor,
y principio á lo mejor
con mis... vamos... soy un necio!
Si me apoyára el marqués...
Volveré luego.
(Al salir tropieza con don Lope que entra).

LOPE. Sois miope?

Ah! señor conde...
CONDE. Oh, buen Lope! (Marchando).
LOPE. Cómo! os vais?
CONDE. (Saliendo). Hasta despues.

ESCENA VII.

LOPE.

Tiene en el cuerpo el demonio!
qué cabeza! Lo que digo,
es loco... ¡cargue contigo
el que tentó á San Antonio!
Que luego Doña Quiñones
le defienda, es lo que estraño...
Aquí tropezó. (Señalando la frente).
Mal año!
Si tengo cuatro chichones!

ESCENA VIII.

LOPE.—DON LUIS.

LUIS. Buenos dias.
LOPE. (Aparte). Otro mas?
Uf! el de anoche!
LUIS. Qué es eso?
LOPE. Nada.
LUIS. Mejor.
LOPE. (Aparte). Estoy tieso.
Válgame San Nicolás!
LUIS. Al marqués vais á decir
que espero. (Sentándose).
LOPE. Estoy enterado.
(Pues me gusta! y se ha sentado!)
Es que os quisiera advertir...
LUIS. Hablad, pronto.
LOPE. Que ha salido.
LUIS. Lo siento, pues ya es la hora.
LOPE. Avisaré á la señora,
si os es igual.
LUIS. Convenido.
LOPE. Y la diré...
LUIS. Que aquí espero.

LOPE. Bien, pero...
LUIS. Digo que basta.
Salid.
LOPE. (Aparte). ¡Malas moscas gasta
el bueno del caballero! (Váse).

ESCENA IX.

DON LUIS, levantándose.

Aqui una cita me diste,
marqués; querrásme engañar...
tú mismo te has de enredar (Aparece Isabel).
en la red que me tendiste.
Isabel llega.

ESCENA X.

ISABEL.—DON LUIS.

LUIS. Señora! (Saludando).
ISABEL. (Aparte). Cielos! es don Luis.
LUIS. Llamado
por vuestro padre, he llegado
á verle en su casa ahora.
No está, y no siento su ausencia;
mil veces yo la bendigo,
pues que por ella consigo
hallarme en vuestra presencia.
ISABEL. Despues de lo que pasó
anoche, venir osais?
Yo temo...
LUIS. Nada temais
cuando tranquilo estoy yo.
ISABEL. Es que pesaros pudiera
haber puesto aqui los pies.
LUIS. Oh, no! es muy noble el marqués.
Y si algun otro vendiera
mi lealtad, con traicion,
pesára á mi suerte impía,
quien es, muy pronto sabria
don Luis Ponce de Leon.
ISABEL. Mas las órdenes del rey
se han de cumplir.

LUIS. Eso sí;
y, como me alcanza á mí,
vengo á entregarme á la ley.
ISABEL. Imprudencia ha sido!
LUIS. ¿Enojos
me dais? oh, qué crueldad!
culpad, señora; culpad
al imán de vuestros ojos.
Desde el dia en que os miré,
desde el dia en que os oí,
estoy, Isabel, sin mí,
pues mi vida os entregué.
Podeis mi amor desdeñar,
hacerme tal vez morir,
mas no podreis conseguir
que yo os deje de adorar.
ISABEL. Sabeis lo que aquí os aguarda?
LUIS. Quizás...
ISABEL. Pues bien; caballero...
LUIS. Cuando hay amor verdadero
nada en el mundo acobarda.
ISABEL. Don Luis...
LUIS. Que os digneis oir
os ruego...
ISABEL. Ved que os perdeis,
salid.
LUIS. No me conoceis
cuando me mandais salir.
ISABEL. Oh!
LUIS. Isabel!
ISABEL. (Aparte). Pierdo el sentido!
reparad que el tiempo pasa.
LUIS. Sólo saldré de esta casa,
ó muerto, ó correspondido,
ISABEL. (Qué hacer, Dios mio?) Temor
me dá vuestra fiera suerte.
LUIS. ¿Y qué me importa la muerte
cuando me abraso de amor?
ISABEL. Os perderá esa porfía.
LUIS. Pues bien; dadme una esperanza
y marcharé sin tardanza.
ISABEL. Ya os escucharé... otro dia.
LUIS. Otro dia! Y entre tanto...
ISABEL. Poneos en salvo ahora,
que es lo que importa.
LUIS. Señora,
mi palabra no quebranto.
ISABEL. (Hay mas?)

LUIS. Comprendiendo voy!
Vos no quereis dar oido,
á un criminal, á un bandido...
que por tal me tienen hoy!
ISABEL. No, don Luis.
LUIS. Nada me estraña.
Seré para vos un hombre
oscuro, humilde, sin nombre,
con fama tal en España,
que por ella, á lo que infiero,
de todo su ancho recinto
me echó el rey Felipe Quinto,
y pisé el suelo extranjero.
Sin amigos, ni parientes,
del turbio Sena en la orilla,
á los cielos de Castilla
alcé mis ojos dolientes.
Acosado por do quiera,
dejé á Francia; á Italia fuí
y en Alemania serví
de Cárlos en la bandera.
A favor de una invasion
en España á entrar me atrevo,
pero comienza de nuevo,
mi eterna persecucion.
Pregonada por la ley
mi vida, marcho al acaso,
tropezando á cada paso
con el encono del rey.
Qué debo, pues, esperar?
Oh, señora! el amor mio,
es un sueño, un desvarío,
lo sé bien á mi pesar.
ISABEL. (Aparte). Oh! ya desventuras tantas
me interesan!
LUIS. (Arrojándose á sus pies). No me oireis?
ISABEL. No puedo, don Luis, qué haceis?
LUIS. Arrojarme á vuestras plantas.
ISABEL. Levantáos... siento ruido...
LUIS. Os lo he dicho ya.
ISABEL. (Aparte). Ay de mí!
LUIS. Yo solo salgo de aquí,
ó muerto, ó correspondido.

ESCENA XI.

DICHOS.—EL CONDE.

CONDE. Bien, Bravo! (A Isabel que trata de marcharse).
Esperad un poco...
quién es?... (Señalando á don Luis).
ISABEL. (Aparte). Qué idea!
CONDE. Eso es,
él postrado á vuestros pies,
y yo...
ISABEL. (A Luis). Apoyadme. Es... (Al conde) un loco.
LUIS. (A Isabel). Señora...
ISABEL. (A Luis). Callad.
CONDE. (Mirando asombrado á Luis). ¿Decís
que es un loco?
ISABEL. Pero, cómo!
rematado.
CONDE. Pobrecillo!
Y es verdad... hay en sus ojos...
no se que mirada... y pega?
LUIS. (Acercándose al conde). ¿Qué teneis...
CONDE. (Retirándose). ¡Eh poco á poco,
amigo.
ISABEL. No tengais miedo
si es como un niño!
CONDE. A otro tonto
con esas, pues, francamente,
á mí me parece un mónstruo.
¿Y qué clase de locura
es la suya?
LUIS. (Aparte). Estoy atónito!
en qué vendrá á parar esto?
ISABEL. En viendo asomar un rostro
de mujer, vaga en sus labios
una sonrisa de gozo,
y...
CONDE. Ya, ya! se echa á sus plantas.
ISABEL. Y arrebatado, lloroso,
habla de amor...
CONDE. ¿Luego á vos...
ISABEL. Pues!
CONDE. Cómo á todas?
ISABEL. Lo propio.

CONDE. Vaya una locura estraña!
ISABEL. No os gusta?
CONDE. Ni por asomos.
Mirad, mirad como escucha.
ISABEL. Si.
CONDE. Creerá que hablamos de otro...
Y vos que le contestásteis?
ISABEL. Yo?
LUIS. (Aparte). Qué le dirá?
ISABEL. Yo... (Bajando la vista).
CONDE. Pronto,
que estoy en brasas.
ISABEL. Le dije...
(Con efusion). que le amaba.
LUIS. (Aparte). Soy dichoso!
CONDE. ¿Y al conde de Fontenosa
le venís...
ISABEL. Vah si es un loco!
CONDE. Es que esas chanzas...
LUIS. (Aparte). Qué títere!
ISABEL. ¿Quisiérais que desdeñoso
mi acento, hubiera causado
su muerte?
CONDE. Oh, no! bien conozco,
que á veces...
ISABEL. En cuanto á vos,
ya os lo he dicho; el tiempo solo
hará que vuestras finezas
escuche yo sin enojo.
CONDE. Bien; eso ya lo veremos:
yo cuento...
ISABEL. ¿Con el apoyo
que os ha ofrecido mi padre?
no es verdad?
CONDE. Sí, y á propósito;
Dónde veria al marqués?
Hay grandes noticias!
(Con misterio, pero en voz alta).
ISABEL. Cómo!
CONDE. Se ha descubierto la casa
en donde los misteriosos
agentes del archidque
se reunen.
LUIS. (Aparte). Cielos, qué oigo!
CONDE. Mas se ignora el paradero
de su jefe. ¡Oh, si le cojo
yo en mis manos...
LUIS. Qué le hareis?

CONDE. (Señalándose al cuello). Nada!
LUIS. No le teneis odio.
¿Y si Ponce de Leon
os atrapa á vos?
CONDE. De modo...
que sí eso pudiera ser?..
mas no será; por de pronto
hoy mismo todos los suyos
irán á los calabozos.
No opinais que es un buen golpe?
LUIS. Soberbio!
CONDE. Maravilloso!...
Ya no tienen mas remedio
que darse.
LUIS. Pse!..
CONDE. Dirán todo
lo que sepan...
LUIS. Ya!
CONDE. Y entonces...
LUIS. Qué?
CONDE. Se pierden.
LUIS. Es notorio;
CONDE. Se levantan unas horcas...
mas veo que soy un tonto
en dar asi esplicaciones
á un demente... pobre mozo!
LUIS. (Aparte). Qué sexo! Estoy admirado!
(Dirigiéndose al balcon que estará abierto).
CONDE. (Mirándole). Calla!
ISABEL. Eh, dejadle! (Qué plomo!)
irá á ver alguna jóven...
CONDE. Ya vuelve,
LUIS. Ja! Ja! (Mirando al conde).
CONDE. Demonio!
ahora le dá por reirse
de mí... (D. Luis escribe brevemente en un papel).
Ahora escribe... supongo
que escribirá algun billete...
LUIS. Sí, y por el balcon le arrojo. (Lo hace).
(Ya no hay cuidado).
ISABEL. (Aparte). No sé
que pensar...
CONDE. (Aparte). Estoy absorto!..
Pero este marqués!.. ¿Direisme
por dónde anda?
ISABEL. Lo ignoro;
tal vez estará en palacio.
CONDE. Si supiera... vaya, corro

á ver si le hallo... (á Isabel).
Cuidado...

ISABEL. Estoy.

CONDE Adios, señor loco (Vase).

ESCENA XII.

ISABEL.—DON LUIS.

ISABEL. Don Luis habreis estrañado...

LUIS. No! ya de nada me asombro;
nos sorprendió Fontenosa,
visteis que estaba celoso,
y fingísteis mi demencia
para evitar el escollo
de sus quejas. Oh! el tal conde
es gallardo como él solo.

ISABEL. Que amo á ese necio juzgais?

LUIS. El amor es caprichoso.
Además, segun ha dicho,
él cuenta con el apoyo
de vuestro padre, el marqués.

ISABEL. Cierto, mas yo le abandono
á sus dulces ilusiones,
á sus sueños engañosos.
Yo amarle?.. Nunca.

LUIS. Se oye
ruido ahí fuera.

ISABEL No reposo
hasta saber que estais libre,
ni serán otros mis votos.

LUIS. Qué, os vais?

ISABEL. Es mi padre, y yo
pudiéraos servir de estorbo. (Vase).

ESCENA XIII.

DON LUIS.—EL MARQUES con el sombrero puesto.

MARQUÉS. (Aparte). Bien; á la cita ha asistido;
él mismo se entrega).

LUIS. (Aparte.) El es.
(A él). Saludo al señor marqués.

MARQUÉS. Señor don Luis, bien venido.

LUIS. Hace rato que os espero,
pues así que recibí
vuestra carta vine aquí.
MARQUES. Exacto sois, caballero.
LUIS. (Aparte). El sombrero no se quita.
Oh, á don Luis no le humillais!
(Poniéndose el sombrero).
MARQUÉS. Y bien?
LUIS. Qué?
MARQUÉS. ¿No adivinais
el objeto de esta cita? (Se sienta).
LUIS. Tal vez, de vuestra nobleza
mucho aguardo, lo confieso;
mi vida acaso.
MARQUES. No es eso.
LUIS. No? Perdonad mi torpeza:
(Aparte). cojo una silla y me siento. (Lo hace).
MARQUÉS. (Cómo! se tiende en la silla!)
¿Sabeis que me maravilla
vuestra audacia?
LUIS. Sí? lo siento.
MARQUÉS. A mi presencia os cubrís,
y eso...
LUIS. Qué es?
MARQUÉS. Mala crianza.
LUIS. Qué quereis! vuestra enseñanza
va aprovechando don Luis.
MARQUES. Es que os darán la leccion
mis criados.
LUIS. Veinte rayos!
Yo haré salir los lacayos,
creedme, por el balcon.
Mas sepamos que pretende
el señor marqués.
MARQUES. Muy poco:
prenderos.
LUIS. Ja! ja! Estais loco?
Y, quién es el que me prende?
MARQUES. Vais á saberlo. (Levantándose).
LUIS. Un momento.
MARQUES. Teneis algo que decir?
LUIS. Como vos querais oir,
os he de contar un cuento.
MARQUES. Que os burlais de mí creyera.
LUIS. ¡Oh, sé que os ha de gustar
mucho.
MARQUES. Podeis principiar.
LUIS. Pues... dice de esta manera.

Cinco años há que cansado
de vencer, donde asentaba,
á Barcelona sitiaba
el ejército aliado.

MARQUES. ¿Pero... qué tiene que ver...

LUIS. Apretados los de adentro,
de resultas de un encuentro,
se tuvieron que meter
en Monjuich, su última valla:
mas de allí, para arrojarlos,
disparaban los de Cárlos
un diluvio de metralla.
Digo, pues,que habia un alférez
entre los del fuerte...

MARQUES. (Agitado). Qué?

LUIS. Que se llamaba... no sé...
ah! sí, sí, un tal... Diego Perez.

MARQUES. (Aparte). Ira de Dios!

LUIS. Como digo...

MARQUES. Mas bajo, mas bajo os ruego.

LUIS. Qué! Conoceis al don Diego?

MARQUÉS. No, mas...

LUIS. Pues señor, prosigo.
El tal Perez, que era un hombre
capaz de cualquier desman,
amaba á su capitan
de tal modo, no os asombre...
que sabiendo por él mismo
el santo y seña una tarde,
—ahora vereis qué cobarde!—

MARQUES. (Aparte). Que no se abra aquí un abismo!

LUIS. Se lo vendió á cierto espía
de una lójia... sí, eso es:
qué teneis, señor marqués?

MARQUES. Nada, seguid.

LUIS. Aquel dia
el castillo se entregó,
por esas artes traidoras,
á las tropas sitiadoras...
y mi cuento remató.
Qué os parece?

MARQUES. Un disparate. (Con risa forzada).

LUIS. Ah! Y que esto se me olvidára!
falta un capítulo, para
redondear el remate.

MARQUÉS. Sed breve. (De ira me abraso!)

LUIS. Qué prisa, marqués, qué afan!

MARQUES. Y, qué fué del capitan?

Supísteis?

LUIS. Vamos al caso:
delatáronle á su rey
como traidor.

MARQUES. Bien; y luego?

LUIS. Diz que fué el mismo don Diego.
No os parece buena ley?
Metieron en un castillo
al capitan, cuya suerte
era sin duda la muerte:
mas le salvó un buen bolsillo,
que entregaron al guardian
de su encierro.

MARQUÉS. Blando era...
de manera?...

LUIS. De manera
que se fugó el capitan.

MARQUES. Concluísteis ya?

LUIS. Y el alférez?

MARQUÉS. Qué alférez? (*Admirado*).

LUIS. Ay, qué memoria!
El héroe de nuestra historia;
el bueno de Diego Perez.
Si es lo mejor del capítulo!
El dicho espía le dió
tanta plata, que compró
don Diego con ella un título.

MARQUES. (*Aparte*). Oh!

LUIS. Bien pagaron su porte:
no os parece, marques?

MARQUÉS. Psé!...

LUIS. Lo mas peregrino es, que
se vino luego á la córte;
donde con nombre prestado
de marqués, goza favor
con el rey vuestro señor,
y es en Madrid respetado.

MARQUÉS. Y lo será pese á quien
es dueño de tal secreto.

LUIS. Pensadlo mucho.

MARQUES. Os prometo
hacerlo, don Luis.

LUIS. Muy bien.

MARQUES. ¿Y sabeis que han descubierto
la casa donde reunis
vuestros amigos, don Luis?

LUIS. Vaya si lo sé! De cierto!
Y qué?

MARQUES. (Con ironía). Nada.
LUIS. Gran noticia!
MARQUES. La justicia allí estará.
LUIS. Sois muy cándido!
MARQUES. Sí?
LUIS. Bah.
No los coje la justicia;
les avisaron.
MARQUES. Quién?
LUIS. Yo.
MARQUES. Cómo, dónde?
LUIS. (Señalando al balcon). Desde allí.
MARQUES. Pues vos no saldreis de aquí.
LUIS. Pse... no os juraré que no.

ESCENA XIV.

DICHOS.—LOPE.

LOPE. Señor...
(Haciendo al marqués señas de inteligencia).
MARQUES. Qué es eso, don Lope?
LOPE. Tenia que... con perdon...
LUIS. Id, señor marqués.
MARQUES. Don Luis,
al momento soy con vos.
(Sale con Lope hablando en secreto).

ESCENA XV.

DON LUIS, poco despues ISABEL.

LUIS. Descubro en estos misterios
indicios de una traicion.
ISABEL. No hay que perder un minuto,
don Luis, salvaos por Dios
ó sois perdido; esta llave (Le da una llave).
paso de esta habitacion
os da una puerta secreta
que sale al jardin.
LUIS. Oh, no!
Es inútil, si no dais
esperanzas á mi amor.
ISABEL. Pues bien...

LUIS. Qué decís?
ISABEL. Ya vienen,
se oyen sus pasos.
LUIS. ¿Y yo
que debo temer?
ISABEL. (Dios mio!)
la muerte!
LUIS. (Sentándose). Venga.
ISABEL. Señor!
LUIS. Aquí me hallarán.
ISABEL. Yo... os amo!
LUIS. (Enajenado). Isabel! (Levantándose).
ISABEL. (Echándole fuera). Huid... (Sale don Luis).
Se salvó.

ESCENA ÚLTIMA.

ISABEL.—EL MARQUÉS.—UN CAPITAN, á poco DON LUIS.

MARQUES. Prendedle... pero qué veo!
dónde está, donde? oh, furor!
Isabel, qué es de ese hombre?
Don Luis Ponce de Leon,
estaba aquí, hace un instante,
conmigo.
ISABEL. Yo...
MARQUES. Si tu voz
no me responde, te juro...
ISABEL. Aun no os entiendo, señor.
MARQUÉS. En vano es el fingimiento...
¡tu mano, Isabel, le dió
al culpable libertad!
¿Sabes, dí, que van en pos
de ese hombre tu fortuna,
mi vida y reputacion?
ISABEL. (Arrodillándose). Perdonadme, padre mio!
MARQUES. Desgraciada!
ISABEL. Perdon!
MARQUES. No!
CAPITAN. Señor marqués...
MARQUES. No hay clemencia!
LUIS. (Saliendo). Caballero, aquí estoy yo.
MARQUES. Ah! (Con alegria: Isabel lanza un grito de desesperacion).
LUIS. Pude por un instante
aprovechar la ocasion
de fugarme; mas es mengua

en un hidalgo español
consentir que de una dama
por ello sienta el honor:
me teneis á vuestras órdenes.

MARQUÉS. Concluyamos. (Al capitan).

LUIS. (Al marqués). Oidme vos.

MARQUÉS. Qué teneis?...

LUIS. (Llevándole aparte). El documento
que Diego Perez firmó
en Monjuich.

MARQUES. Callad!

LUIS. Ahora,
nos vamos á ver los dos!
(Cae el telon).

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del segundo.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS.—EL MARQUES.

MARQUES. No os quejareis, caballero,
de mi trato.
LUIS. No, por Cristo!
MARQUES. Pudiera vuestra cabeza
haber puesto en un conflicto,
sin mas que decir, «lo quiero.»
Sin embargo, ya habeis visto
cuán diferente he obrado,
don Luis.
LUIS. Oh, sois muy benigno!
MARQUES. Os confieso francamente,
aunque me cueste decirlo,
que no es solo la clemencia
lo que ahora me ha impelido
á obrar de este modo.
LUIS. Cómo!
será cierto?
MARQUES. Sí, ciertísimo.
LUIS. ¡Y yo que habia pensado...
MARQUES. Hablemos claros, amigo;
cuando un hombre como vos
tiene el singular capricho
de dejarse así prender
por sus mismos enemigos,
prestadme atencion, don Luis;
mucha atencion.
LUIS. No respiro.

MARQUES. Se le encierra desde luego
en un calabozo umbrío,
en donde la luz del Sol
nunca refleja sus brillos,
y á las pocas horas... pocas
de estar en él el cautivo,
un confesor...
LUIS. Siempre es bueno!
MARQUES. Y otro hombre...
LUIS. El verdugo.
MARQUES. El mismo;
sin mas averiguaciones
le mandan al paraiso.
LUIS. No me disgusta ese método.
MARQUÉS. Tal vez peque de sencillo:
pero es seguro.
LUIS. Lo creo.
MARQUES. Ahora bien; si he diferido
el que os corten la cabeza,
que no la teneis, de fijo,
muy segura en vuestros hombros;
si de vos, he respondido;
si por cárcel os he dado
este salon que, aunque antiguo,
siempre es preferible á aquel...
LUIS. Estoy, señor, confundido,
vuestras bondades...
MARQUÉS. Don Luis,
no adivinais el motivo
que me obliga así á trataros?
LUIS. Vuestro paternal cariño...
MARQUES. Dejémonos de eso ahora...
LUIS. O tal vez reconocido...
al fin, me debeis la vida.
MARQUÉS. Estais loco?
LUIS. No concibo...
MARQUES. ¿Ignorais, pues, que en política
no hay deudas por ese estilo?
LUIS. Señor marqués!
MARQUES. ¡Vive Dios,
que no os creyera tan niño!
LUIS. Tan noble, querreis decir.
MARQUES. Es igual.
LUIS. (Aparte). ¡Que sea título
un hombre así, de Castilla!
MARQUES. Ayer, don Luis, me habeis dicho
que guardábais un papel
en que consta por escrito

la traicion del Diego Perez.
LUIS. Pues; la venta del castillo,
yo la tengo.
MARQUES. (Con intencion). Ahí la teneis?
LUIS. Documentos tan validos,
que puede cojer muy bien
el puñal de un asesino,
no se llevan como quiera.
MARQUES. Teneis razon; ¿y... qué giro
pensais dar á esos papeles?
LUIS. Pse... yo hubiera preferido
negociarlos otra vez.
MARQUES. Por dinero?
LUIS. Pues.
MARQUÉS. (Aparte). Respiro!
LUIS. O por otro equivalente.
MARQUES. ¿Y qué clase...
LUIS. Pero opino
que fuera mejor mandárselos...
MARQUÉS. A quién?
LUIS. A Felipe Quinto.
MARQUES. Entregárselos al rey!
LUIS. No le haría un buen servicio?
¿No tendríais un placer,
en ver que quemaban vivo
al español renegado
que al Austria vendió el castillo?
MARQUÉS. Y si ha muerto?
LUIS. En ese caso,
es negocio concluido.
MARQUES. Ya lo veis.
LUIS. Réspecto al Perez:
mas no respecto á sus hijos,
que purgarian por él,
no lo dudeis, el delito.
MARQUÉS. ¿Y quién sería capaz...
LUIS. Quién? vos, yo, el monarca mismo.
MARQUÉS. Es imposible!
LUIS. Marqués,
¿dais por ventura al olvido
que desque fué el archiduque
dueño de Monjuich esclusivo,
no hubo quien dique pusiera
á sus tercios aguerridos;
y que entonces empezó
una guerra de esterminio,
siendo aquel fuerte la llave
con que se abrió este recinto?

MARQUES. (Aparte). Oh!
LUIS. ¿Pensais que el rey Felipe
dejaria sin castigo
una traicion semejante,
y que medren al abrigo
del oro que le valió
á su padre, al buen patricio,
sus parientes y sus deudos?
MARQUES. Ciertamente... (Aparte). estoy perdido!
LUIS. Por fortuna, aun no he resuelto
qué he de hacer de positivo.
MARQUES. Los quereis vender?
LUIS. A quién?
MARQUES. A mí.
LUIS. A vos? Qué desatino!
MARQUES. Yo os daré... cuanto querais;
fijad el precio vos mismo.
LUIS. Hablais de veras?
MARQUES. Don Luis,
es necesario, es preciso
que tenga yo esos papeles.
LUIS. Pero estais en vuestro juicio?
MARQUES. Oh!
LUIS. No os comprendo, marqués!
MARQUES. Pues bien sabed... (Aparte). qué martirio!
que ese oficial... ese Perez...
es...
LUIS. Acabad...
MARQUES. Mi sobrino...
LUIS. Es posible!
MARQUES. Por desgracia!
LUIS. Me habeis dejado aturdido!
MARQUES. Qué quereis? En las familias (Compungido).
nunca falta un individuo
que nace para tormento.
LUIS. Es verdad! (Idem).
MARQUÉS. (Aparte). Estoy corrido!
LUIS. Y dónde para ese Judas?
MARQUÉS. Murió...
LUIS. Sí?
MARQUES. Segun han dicho
en Canarias, donde fué
á refugiarse.
LUIS. ¡Castigo
de Dios!
MARQUES. Ya conocereis
el por qué con tal ahinco
reclamo esos documentos;

porque aunque nadie ha sabido
que ese hombre era mi deudo,
le interesa al honor mio
que no quede de esa infamia
ni aun el mas pequeño indicio.

LUIS. (Aparte). No miente mal el marqués!

MARQUES. Mi linaje esclarecido...

LUIS. Ya me hago cargo.

MARQUES. Qué afrenta!
Si llegase...

LUIS. Estad tranquilo;
no manchará ese baldon
vuestro escudo noble y limpio.

MARQUES. Con que al fin, me los vendeis?

LUIS. Vive Cristo! (Aparte).

MARQUES. Yo me obligo...

LUIS. A darme en cambio otra joya.

MARQUES. La que querais... concedido.

LUIS. Advertid que aun no sabeis...

MARQUES. Para qué? No soy mezquino.
(Aparte). (¡Oh, si yo llego á arrancártelos
no has de quedar, te lo fio,
descontento de mi mano!)

LUIS. (Aparte). Y quién sabe... me decido...

ESCENA II.

DICHOS.—EL CONDE.

CONDE. Señor marqués... (Se queda admirado al ver hablar al marqués con don Luis).

LUIS. (Aparte). Este fátuo!

CONDE. (Aparte). Aquí el loco!

MARQUES. (Con despecho aparte). Fontenosa!
Qué hay de nuevo, señor conde?
(El conde fijo en don Luis no responde).

LUIS. Con permiso...

MARQUES. (Aparte). Me trastorna
este necio!

LUIS. Yo interrumpo... (En accion de marchar).

CONDE. (Aparte). Qué político está ahora!

MARQUES. (A Luis). Quedamos, don Luis, conformes.

LUIS. (Retirándose por la derecha). Despues hablaremos.

CONDE. (Aparte). Hola!

ESCENA III.

EL MARQUES.—CONDE.

MARQUES. Qué teniais que decirme?
CONDE. Lo primero, que me asombra
veros hablar tan formal
con un hombre de esa estofa.
Es verdad que su locura
no es de las mas peligrosas;
pero un loco, al fin... es loco.
MARQUES. Callad, por Dios, que me enoja
el veros siempre tan frívolo,
y tan niño y...
CONDE. Esta es otra!
pero, señor ¿no sabeis
que está loco en toda forma?
MARQUÉS. Pero, quién, vamos, decid?
CONDE. Quién ha de ser? El que ahora
estaba aquí con vos mismo
hablando.
MARQUES. Qué jerigonza...
Conoceis á ese sujeto?
CONDE. Por mi antigua ejecutoria
os juro que no le he visto
mas que esta vez con vos, y otra.
MARQUÉS. En dónde?
CONDE. Con Isabel.
MARQUES. Caballero!
CONDE. Con mi novia...
pues ella es la que me ha dicho
la enfermedad caprichosa
de que adolece ese diablo.
MARQUES. (Aparte). El alma se queda absorta!
mi hija habló con don Luis?
CONDE. Y por cierto que es graciosa!
MARQUES. Y... en qué consiste?...
CONDE. En amar
á cuantas chicas hermosas
se le ponen por delante.
A Isabel? Jesus! la adora!
MARQUES. Manias. (Disimulando su despecho).
CONDE. ¡Si hubiérais visto
arrodillado á ese alondra
á los pies de vuestra hija!

fué una escena muy chistosa!

MARQUÉS. Pobre loco! Y... qué decia?

CONDE. Que la idolatra... y su boca
á todo eso estampaba
en la manita redonda
de mi futura, unos besos...
qué besos! misericordia!
se oian á treinta pasos.

MARQUES. Al fin, locuras... (Aparte). me ahoga
el coraje.

CONDE. Por supuesto.

MARQUES. Y noticias?

CONDE. Asombrosas.
Se afirma que el archiduque
llega á Madrid por la posta.

MARQUÉS. Será posible!

CONDE. Seguro.
Esta mañana Hinestrosa
fué á decírmelo á mi casa.

MARQUES. Eh!

CONDE. No lo tomeis á broma;
con que si os parece bien
que efectuemos mi boda
antes de que...

MARQUES. Señor conde!
¿Y pensais en esas cosas
en vez de ceñir la espada?
¡Cuándo tal vez pocas horas
os quedan de vida!

CONDE. Diablo!

MARQUES. Pensad mas bien en la cota
que ha de parar los mandobles
de la hueste sitiadora;
y si triunfamos, entonces,
con mas placer, y mas honra
podeis pensar en casaros.

CONDE. (Aparte). Este marqués me incomoda!—
Teneis razon...

MARQUÉS. (Llamando). Ola! Lope!
(Al conde).
Veremos los dos ahora
que se dice por la córte.
(Aparece Lope con quien habla el marqués).

CONDE. (Aparte). Qué diablo! Si nos ahorcan
dice bien; es escusado
pensar en tomar esposa.

MARQUES. (A Lope). Entendeis?

LOPE. Sí, señor, sí.

MARQUÉS. Con nadie absolutamente.
LOPE. Con nadie?
MARQUÉS. Eso es.
LOPE. Corriente.
MARQUÉS. (Al conde). Señor conde!...
LOPE. (Al marqués). Fiad en mí.
CONDE. (A Lope). Le dirás á tu señora...
MARQUES. Os aguardo.
CONDE. Así, en mi nombre...
MARQUES. (Llevándosele del brazo). Eh!
CONDE. (Aparte). ¡Qué feroz es este hombre.

ESCENA IV.

LOPE.

Nadie? ¡Veremos ahora
quién traspasar osará
los umbrales de esa puerta!
Lope! Centinela alerta!
—Alerta, señor, está!—
Desenvainó mi tizona,
y me pongo en guardia, pues;
si acomete, de un revés,
hago dos de su persona.

ESCENA V.

LOPE.—QUIÑONES.

QUIÑONES. Lope!
LOPE. Atrás!
QUIÑONES. Don Lope!
LOPE. Atrás!
QUIÑONES. Sois presa de algun hechizo?
LOPE. Que os pincho como á un chorizo
si dais dueña un paso mas.
QUIÑONES. Dejaos de tonterias
y respondedme por Dios!
Salió el marqués?
LOPE. Eso á vos
no os importa.
QUIÑONES. Niñerías!
¿Pero á quien tan valeroso

esperais en esa accion?
LOPE. Estoy, dueña, de faccion.
QUIÑONES. Trazas teneis de faccioso!
LOPE. Y vos de espía.
QUIÑONES. Seo vándalo!
Vejete!
LOPE. Bruja! Hechicera!
QUIÑONES. Virgen Santa! Si no fuera
por armar aquí un escándalo!
(Yéndose á Lope).
LOPE. Alto, que os vais á pasar,
y yo no soy responsable!
QUIÑONES. Pero os juro, miserable,
que me la habeis de pagar. (Váse).
LOPE. Uf! Vencí! Combate impío!
(Mirando al cielo).
Gracias os doy, mi señor;
de vos emana el valor
que sustenta el brazo mio.
Si vuestro esfuerzo profundo
me proteje como puede,
yo os prometo que no quede,
una vieja en todo el mundo!

ESCENA VI.

LOPE.—ISABEL.

ISABEL. Buen Lope, será posible!
esa espada!... Qué ha pasado?
LOPE. Que esa arpía me ha insultado.
ISABEL. Mi aya? No, no es creible!
LOPE. Repito que me faltó;
que esa dueña se ha escedido...
y... no sé como he podido
dejarla con vida yo!
ISABEL. Jesus! Porqué?
LOPE. A mí! A mí!
ISABEL. Pero cómo pudo ser?
ella venia á saber
si mi padre estaba aquí.
LOPE. Estoy de servicio ahora,
y mi consigna es callar.
ISABEL. Tu consigna, es observar
por allí fuera. (Dirigiéndole al fondo).
LOPE. Señora!

ISABEL. Y mientras yo con el preso
hablo en esta habitacion...
LOPE. Qué estais diciendo!
ISABEL. Chiton!
LOPE. Pero habeis perdido el seso?
ISABEL. Cuida bien de que ninguno
nos sorprenda, oyes?
LOPE. Ay, triste!
Me van á ahorcar!
ISABEL. Lo entendiste?
LOPE. Si; mas...
ISABEL. Ya estás importuno.
LOPE. (Aparte). Como á un niño de la escuela
me manejan, vive Cristo!
Envaina, Lope;... está visto,
que eres muy mal centinela!
(Sale por la puerta del fondo).

ESCENA VII.

ISABEL.—DON LUIS.

LUIS. Cómo, Isabel! vos aquí?
tanta fortuna...
ISABEL. Os admira?
LUIS. Siempre, señora, sorprende
la llegada de una dicha,
por mucho que preparada
esté el alma á recibirla.
ISABEL. Me esperábais?
LUIS. ¿Quién no espera
decidme, adorada amiga,
cuando henchido de ilusiones
dentro del pecho se agita,
un corazon amoroso?
Cuando en torno de uno gira
ese mágico «te amo»
dulce, encantador enigma
de esperanzas, de temores,
de tormentos y delicias?
ISABEL. Oh, callad por Dios, don Luis!
Me hace mal vuestra alegria!
LUIS. No os comprendo!
ISABEL. Oh!
LUIS. Qué teneis?
os encuentro conmovida!

ISABEL. Y vos me lo preguntais?
De mi tristeza infinita,
¿cuál pudiera ser la causa
sino vos?
LUIS. Isabel mia!
ISABEL. Por qué volvisteis, por qué?
¿No sabeis que está proscrita
por el rey vuestra cabeza?
LUIS. ¿Y qué importa que la vida
me quiten mis enemigos,
si asi os libro de las iras
de vuestro padre?
ISABEL. Don Luis!
LUIS. Me sois bastante querida
para que pueda aceptar
ofrenda de tal valía.
ISABEL. Venid conmigo, venid! (Con energia).
LUIS. A dónde, Isabel?
ISABEL. Yo misma
os daré la libertad,
mal que pese á los espías
que rodean esta casa,
sin dejaros de la vista.
LUIS. Será posible!
ISABEL. En mi cuarto
tengo ropas prevenidas
que pronto os disfrazarán:
oro, alhajas, pedrería,
de todo echaremos mano,
don Luis para conseguirla.
LUIS. Isabel!
ISABEL. Sí, vamos, pronto.
Un solo instante podria
inutilizar mis planes.
LUIS. Y el marqués?
ISABEL. Eh, no os aflija
mi suerte; pensemos ora
en vos, que es lo que precisa;
que despues que esteis ya libre,
yo inventaré... una mentira...
cualquier cosa... ya veremos...
pero don Luis! daos prisa!
LUIS. No es posible!
ISABEL. Sois de mármol!
LUIS. No; soy, Isabel querida,
esclavo de mi palabra;
es la sola garantia
que de mí tiene el marqués;

y ya veis que el infringirla
seria indigno de quien
tanta pasion os inspira.

ISABEL. (Aparte). Dios mio!

LUIS. Ademas... podeis
estar, Isabel, tranquila;
vuestro padre es caballero;
y nunca consentiria
que atentasen bajamente,
de un modo indigno á mi vida.

ISABEL. Pero al fin es uno solo!

LUIS. Su influencia es infinita...
y el marqués me guardará
con su cabeza la mia.

ISABEL. Luego teneis confianza?

LUIS. Mi suerte será propicia,
puesto que vos deseais,
angel mio, que yo viva.

ISABEL. Creed don Luis que mis votos...

ESCENA VIII.

DICHOS.—LOPE apresurado.

LOPE. Señores, por Dios, de prisa, (Haciendo señas para que se separen).
que llega el señor marqués.

ISABEL. Oye, Lope.

LOPE. Santa Brígida!

LUIS. Un momento...

LOPE. Caballero,
no estoy para cortesias.

ISABEL. Don Luis!

LUIS. Isabel!

LOPE. Canario!

ISABEL. Adios.

LUIS. Adios.

LOPE. El le asista!

(Don Luis se marcha á su habitacion, Isabel por donde entró. Lope desenvaina la espada y espera en guardia, dando la espalda á la puerta del fondo).

ESCENA IX.

LOPE.—EL MARQUES.

LOPE. (Aparte). Gracias á Dios que se fueron!
Yo tiemblo como una cierva...
aquí está... si los ha oido
ahora si que va á ser ella!
MARQUÉS. Lope!
LOPE. Eh! Quién anda ahí?
A mi se viene con esas?
cuidado con dar un paso
ó le corto las orejas.
MARQUÉS. Soy yo, buen Lope.
LOPE. Ah! creia (Envainando).
que alguna gente de fuera...
MARQUÉS. Ha entrado alguien aquí
durante mi corta ausencia?
LOPE. Sí, señor...
MARQUÉS. ¿Cómo, villano...
LOPE. El aire por esa puerta.
MARQUÉS. (Buen doméstico). Y el preso?
LOPE. Creo que estará en su celda
encomendándose á Dios;
al menos...
MARQUES. Decid que venga.
(Lope obedece, sale detrás de don Luis y se aleja por el fondo).

ESCENA X.

MARQUES.

Desconfio ya de hacerle
ceder á mis exigencias;
y me pierde sin remedio
si al rey Felipe presenta
el papel en que se fundan
su venganza y mi sentencia.
Por otra parte, las tropas
del archiduque se acercan
á Madrid, á grandes pasos,
y esto su osadía alienta.
Mas... qué idea! tal vez esto

mis intentos favorezca;
yo hice un servicio á la causa
de don Cárlos, con la venta
del castillo; y si á Madrid,
segun las noticias, llega.
ausente Felipe Quinto,
el plan de don Luis se estrella,
Además, que ya ningun
medio que inventar me resta,
el viene... Señor don Luis, (Aparece don Luis saludando).
llegad.

LUIS. Con vuestra licencia.

ESCENA XI.

DON LUIS.—EL MARQUES.

MARQUES. Conque don Luis, vamos claros;
hablémonos con franqueza,
y tal vez se arregle todo.
LUIS. Me place, marqués, la idea.
MARQUÉS. Pues al asunto.
LUIS. Al asunto.
MARQUES. Hablad vos.
LUIS. Descortés fuera,
si antes que vos empezára,
os cedo la preferencia.
MARQUES. Sea, pues. Ibais diciendo
hace un rato, que me diérais
los papeles que reclamo
con justicia manifiesta,
si en cambio os diese una joya
de inestimable riqueza.
LUIS. Eso creo que os decia.
MARQUES. Me gusta que tan pequeña,
tan corta demanda deje
vuestra ambicion satisfecha.
LUIS. (Ni me entiende ni le entiendo).
MARQUES. Tened, pues, la complacencia
de decirme si esa joya,
es un diamante, una piedra
preciosa, que os ha gustado...
LUIS. No.
MARQUES. (Aparte). (Se apura mi paciencia!)
LUIS. La mano de vuestra hija.
MARQUES. Y, es esa la joya?

LUIS. Esa.
MARQUES. Tened, don Luis, entendido
que en la vida será vuestra.
LUIS. No lo jureis por si acaso.
MARQUES. Por qué?
LUIS. Porque será fuerza
que antes de mucho tengais
que opinar de otra manera.
MARQUES. (Aparte). Si se habrá atrevido á hablarla
de amores! oh que sospecha!—
(A él). Segun eso estais seguro
de triunfar en esta empresa?
LUIS. Segurísimo.
MARQUES. Delirios
son de vuestra mente enferma.
LUIS. Así pensais? No sois lince,
marqués!
MARQUES. Tal vez no lo sea;
mas para ello es preciso
que mi yerro desvanezcan
razones de mucho peso.
LUIS. Dignaos, pues, atenderlas,
que, si yo no me equivoco,
han de ser pocas y buenas.
El alférez Diego Perez
está en Madrid.
MARQUÉS. (Disimulando su sobresalto). Qué simpleza
ha muerto, si ya os lo he dicho.
LUIS. Yo os digo que en mi presencia
está; que sois vos.
MARQUÉS. Yo?
LUIS. Vos,
marqués.
MARQUÉS. Tened la lengua...
LUIS. Habeis de oir mis razones
con mas calma y mas prudencia.
Largo tiempo alimenté,
disimulad mi franqueza;
contra vos un ódio tal,
que nada señor creyera
pudiese estinguir en mí...
me engañaban mis creencias!
Un ángel se apareció
en mi estraviada senda,
y de entonces fué sagrada
para mí vuestra cabeza.
Venganzas, ódios, rencores
y cuanto mi alma fiera

abrigaba contra vos,
se disiparon cual niebla.
Ese ángel, caballero,
es vuestra hija; sea ella
quien de hoy mas entre nosotros
asiente una paz eterna.
Sí una conducta sin mancha,
dejando aparte contiendas
políticas, es bastante
á que tal dicha merezca;
caballero, no es jactancia,
no cede á nadie en nobleza
el corazon que aquí late
y mí amor puro alimenta.
Os demando á vuestra hija.

MARQUES. (Aparte). El mismo infierno... qué idea!

LUIS. Qué decís, señor marqués?
No me dais una respuesta?

MARQUÉS. Veremos... tal vez... ahora
tened la condescendencia
de dejarme; necesito
pensar algo en la propuesta.

LUIS. Me retiro, pues, señor:
pensadlo bien. (Se retira á su cuarto).

ESCENA XII.

MARQUES, poco despues ISABEL.

MARQUÉS. Qué impaciencia!
Isabel! (Llamando). Esos papeles
me roban la paz del alma!
Isabel! (Llamando).

ISABEL. Me habeis llamado?

MARQUES. Siéntate, y á mis palabras,
responde, pues mucho importa
al honor de nuestra casa.

ISABEL. (Aparte). Que querrá decirme ahora!—
Señor, vuestra hija os ama
y en complaceros encuentra
su ventura mas colmada.
Ya os escucho.

MARQUES. Amas al conde?
Ya sabes hija cuán altas
pruebas de aprecio, le han dado
la córte y nuestro monarca.

Su ilustre cuna, sus prendas,
y la pasion que le arrastra
hacia tí, todo merece
que, no con desden, con claras
muestras de afecto alentemos
sus mas bellas esperanzas.

ISABEL. Señor... yo... al conde lo miro...

MARQUES. (No le quiere). ¿Y bien? Acaba:
Yo solo tu bien ansío,
por él mi pecho se afana,
y no obtendrá Fontenosa
tu mano, si tu desgracia
ha de ser el resultado
de esa union tan deseada.—
Responde ahora.

ISABEL. Señor,
por mas que yo lo intentára
nunca podria en mi pecho
su pasion tener entrada,
si vos...

MARQUES. No hija; Dios me libre
de obligar tu repugnancia...
tu voluntad es la mia;
(no eran mis sospechas falsas!)
Y... dí, ¿te ha visto don Luis
por alguna circunstancia...
Qué tiene de estraño?

ISABEL. (Aparte). Lope
ha vendido mi confianza!

MARQUES. No respondes?

ISABEL. No sé yo...

MARQUES. Hija mia, sé mas franca,
con quien por verte dichosa
no sosiega ni descansa.

ISABEL. (Aparte). Nunca le he visto conmigo
tan cariñoso!

MARQUES. Qué, callas?
Don Luis es jóven, valiente...
que mal hay en que le amáras?

ISABEL. Qué, no os opondriais vos?

MARQUÉS. Quién sabe? Si yo apoyára
de don Luis las pretensiones;
si le llamase á está sala
ahora mismo, y le digera
«estareis libre mañana,
Isabel es vuestra esposa?...»

ISABEL. Podré creer dicha tanta?

MARQUÉS. Te aseguro que yo haria

todo eso, si él me entregára
ciertos papeles...

ISABEL. Papeles?

MARQUES. A él no le sirven de nada,
y á mí podrian hacerme,
andando el tiempo gran falta.

ISABEL. El los dará, padre mio;
yo le hablaré; á mis instancias
cederá; seré importuna,
súplicas, ruegos y lágrimas...
pero, no, no; su cariño
es mi mejor esperanza.

MARQUÉS. Quiéralo Dios, Isabel.
En tanto que tú le hablas,
esperaré el resultado
en esa estancia inmediata.

ISABEL. Id tranquilo.

MARQUÉS. (Alejándose). Va veremos
si de esta, don Luis, te escapas!

ESCENA XIII.

ISABEL, á poco DON LUIS.

ISABEL. Ya me contemplo dichosa,
los papeles me dará,
y asi no me cansará
con su pasion Fontenosa.

LUIS. (Saliendo). Isabel!

ISABEL. Aquí os encuentro?

LUIS. A vuestro padre buscaba.

ISABEL. En este momento acaba
de marchar para allí adentro.

LUIS. Por última vez quisiera
hablarle, para arreglar
nuestros asuntos, ú obrar
cada cual á su manera.
Dígame cual es mi suerte
pero, pronto, sin tardanza,
aunque sea mi esperanza
la esperanza de la muerte.

ISABEL. Qué impaciencia! Eso decís?
¿tan mal en mi casa estais
que salir de ella anhelais?
No lo creyera, don Luis.

LUIS. Ni yo sé que contestaros,

mal que pese á mi zozobra,
amada mia; que os sobra
justicia para quejaros.
No por tal creais infiel
mi amor ardiente.

ISABEL. Presiento...

LUIS. Nunca rompí un juramento
que una vez hice, Isabel.
¿Sabeis que al marqués pedí
ha un instante vuestra mano
y me la negó inhumano?

ISABEL. Es increible!

LUIS. Fué así.

ISABEL. Pues ahora vengo yo
á ofrecérosla en su nombre.

LUIS. Cómo! dejad que me asombre!
A eso el marqués os mandó?

ISABEL. Quiere con vos tener paz,
y, aunque esto os cause estrañeza,
señor don Luis, ahora empieza
por daros la libertad.

LUIS. Que mi ventura es un sueño,
estoy pensando, Isabel!
¿con que renuncia al fin él...
y desiste de su empeño?
(Aparte). Cesad, sospechas crueles!

ISABEL. Tan solo una condicion
exije.

LUIS. Si va en razon...

ISABEL. Que le deis unos papeles...

LUIS. (Aparte). No está el lazo mal urdido!
pero no caerá don Luis
fácilmente.

ISABEL. Qué decís?

LUIS. Que le estoy agradecido...
Haced saber al marqués
que á su condicion me allano:
(Isabel da muestras de gozo).
vale mucho vuestra mano!

ISABEL. Conque se los dais?

LUIS. Despues.

ISABEL. Gracias. Corro á su aposento
á decirle...

ESCENA XIV.

DICHOS.—EL CONDE sofocado.

CONDE. (Aparte). Ira de Dios!
Este loco siempre en pos...
(á ellos). Señores, aquí me siento.
ISABEL. Conde, venís sofocado.
Qué os pasa? Qué ha sucedido?
CONDE. Nada; todo está perdido;
mis planes han fracasado.
ISABEL. Pero qué planes? decid.
CONDE. Lo sé yo? En primer lugar,
la córte se va á marchar
á buen paso de Madrid:
y luego... pues!
ISABEL. Bien, y luego...
CONDE. (Aparte). Que siempre yo me trabuque!
ISABEL. Vamos...
CONDE. Vendrá el archiduque
don Cárlos, de quien reniego.
(Aparte). Qué risita le dá al loco!
LUIS. Quién esa noticia os dió?
CONDE. Qué pregunta! Lo sé yo?
No se mas que me sofoco,
y anhelo ver al marqués;
que es muy fácil que muramos
si ahora mismo nos fiamos
nuestra existencia á los piés.
Si á mi consejo hace el sordo,
tanto peor para él,
yo, por mi parte, Isabel,
ya tengo ensillado el tordo.

ESCENA XV.

DICHOS.—EL MARQUES.

MARQUES. Señores...
CONDE. (Abrazándole). Marqués amigo,
he venido á vuestra casa
á contaros lo que pasa...
no atendeis á lo que digo?
(Aparte). Este marqués me sofoca!

MARQUES. Lo sé ya; podeis ahorraros...
CONDE. Y yo que queria daros...
Pues señor, cierro mi boca.
LUIS. Vuestra causa está perdida,
Campo Ameno, ya lo veis;
pero nada aquí teneis
que temer por vuestra vida.
No haya guerra entre los dos;
pues por mi, mucho sintiera
hacérosla de manera
que os pesára, vive Dios.
MARQUES. En el archiduque fio,—
y hasta que le llegue á ver
no saldreis de mi poder.
El debe al afecto mio
bastante, y perdonará
lo que con vos haga ahora.
LUIS. Es que dentro de una hora
el rey Felipe verá
los papeles.
MARQUES. ¿Pero quién
los tiene? (sin vida estoy!)
LUIS. La sociedad, de que soy
jefe; con que, pensad bien...
CONDE. (A Isabel). Yo estoy absorto, no entiendo
muy bien lo que están hablando!
ISABEL. (Al Conde). Conde, seguid escuchando
que ya lo ireis comprendiendo.
CONDE. (Aparte). Ay desdichas mas crueles!
LUIS. (Al marqués). Por lo demás á presencia
vuestra, si me dais licencia,
se romperán los papeles!
MARQUÉS. Tanta nobleza, don Luis!...
LUIS. Mi buena estrella bendigo,
si así la mano consigo
de Isabel.
CONDE. Eh! qué decís?...
ISABEL. (Deteniendo al Conde). Conde!
CONDE. Hum! es que no quiero
(Al marqués).
que un atrevido como ese...
LUIS. (Al conde). Vos querreis y mal que os pese...
CONDE. Lo veremos, caballero!
(Amenazando al marqués).
Señor marqués!
LUIS. (Al marqués). Aun dudais?
MARQUES. (Aparte). Nada me resta que hacer;
y al fin tengo que ceder,

á mi pesar. (A Luis). Libre estais,
mi hija es vuestra.

CONDE. Poco á poco,
yo no puedo consentir...

LUIS. (Al conde). Teneis algo que decir?

CONDE. Mucho. (Al marqués, señalando á don Luis).
El señor... está loco.

LUIS. Esa es, conde, una aprension:
quien soy podreis ignorar?...
soy... (Al marqués). el capitan Aznar:
(El marqués hace un movimiento de sorpresa).
(Al conde). Don Luis Ponce de León.

CONDE. Don Luis Ponce, Vírgen Santa!
Vaya, yo no paro aquí.

LUIS. Fontenosa, huis de mí?
qué tengo yo? qué os espanta?

CONDE. Nada, nada, hasta otro dia,
quién de mi vida responde? (Vase).

ESCENA ULTIMA.

LUIS. Y que eso se llame conde!
por Dios que no lo creia!
(Al marqués).
Ahora, pues, que ya ha cesado
nuestra mútua enemistad—
vuestros papeles tomad.—
(Se los da).

MARQUES. (Aparte). Oh! yo estoy avergonzado!

LUIS. En mucho cuidado os puso
que yo los tuviera, á fé;
mas, contra vos no pensé
ya, desde anoche, hacer uso.
Del amor la ardiente llama
sentí, á Isabel conociendo;
y, marqués, á lo que entiendo,
NO SE VENGA QUIEN BIEN AMA.

FIN DE LA COMEDIA.

emorias de Juan García.
enemigo oculto.
ampas inocentes.
ceniza en la frente.
matrimonio á la moda.
voluntad del difunto.
prichos de la fortuna.
nbajador y hechicero.
uricio el republicano.
quien Dios no le da hijos...!
nueva Pata de Cabra.
un tiempo amor y fortuna.
oficialito.
aque y defensa.
nesillo el aturdido.
haques del siglo actual.
hidalgo aragonés
verdadero hombre de bien.
esclava de su galan.
cado y expiacion.
ortuna te dé Dios, hijo!
se venga quien bien ama.
estudiantina ó El diablo de Salamanca.
escala de la fortuna.
nor con amor se paga.
pas y sombreros.
dides dobles de amor.
buen Santiago.
a es tarde!
cuarto con dos alcobas.
o que es el mundo!
do se queda en casa.
sde Toledo á Madrid.
Rey de los primos.
bandido incógnito ó La caverna invisible.
ien bien te quiere te hará llorar.
rica-enreda.
quezas y desengaños.
amistad ó las tres épocas.
Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

dichas de Timoteo.
luna de miel.
ente como hay muchos.
nelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó El Príncipe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El congreso de gitanos.
El preceptor y su mujer.
La ley sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

La señora de Mendoza?
De fuera vendrá...
Juan el tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La mula de mi doctor.
A los pies de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del dos de Mayo.
Cuerdos y locos.
Pst... Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buena insula me dan.
El perro rabioso.
De qué?
La herencia de mi tia.
La capa de Josef.
Alí-Ben-Salé Abul-Tarif.
Los apuros de un guindilla.
El sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la córte á pretender.
Treinta dias despues, 2.ª parte de *El corazon de un bandido.*
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El aguador y el misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
El don del cielo.
La esperanza de la patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos
Una Actriz.
Dos á dos.
El tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El corazon de un bandido.
Cenar á tambor batiente.
Las jerobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.

No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero ó Una aventura de Luis Candelas.
¡Estrupicios del amor!
Mi media naranja.
Un ente singular!
Juan el perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa.
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton!... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra fantasma y mujer.
La casa deshabitada.
Cuerpo y sombra ó Dos y u
Un angel tutelar.
El turron de Noche buena.
Un contrabando.
El retratista.
Un año en quince minutos.
¡Un cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una aventura en Marruecos.
Haydé ó El secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya!
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones.
El campamento.
Por seguir á una mujer.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de don Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La Pradera del Canal.
La Noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del Duende, p
piano y canto.

ADVERTENCIAS.

La Direccion se halla establecida en Salamanca, desde donde servirán los pedidos que se hagan.

Pidiendo ejemplares á la Direccion se hace una rebaja proporcionada á la importancia del pedido.